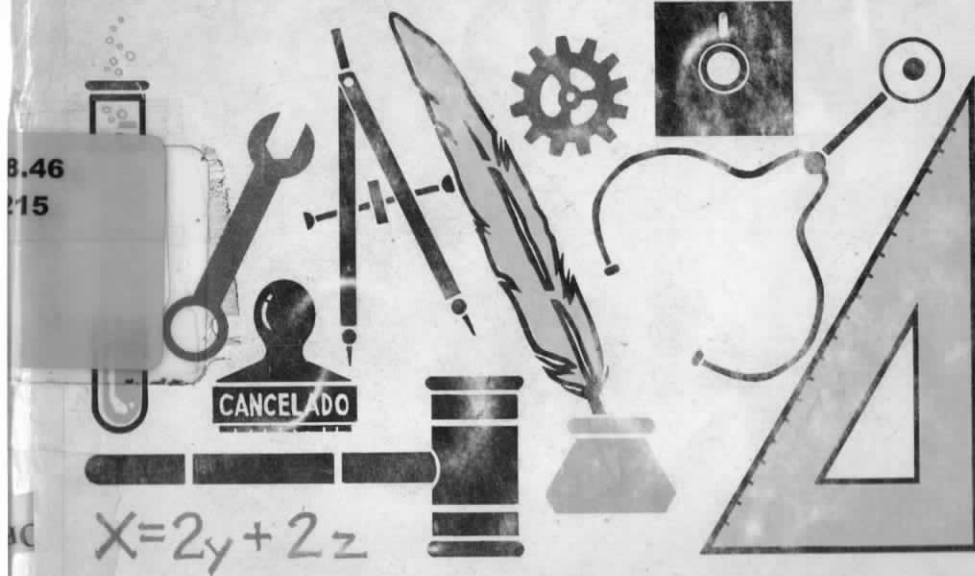




Serie,
Soy Joven,
¿Y Ahora Qué Hago?

Señor, Guíame Hacia Mi Vocación

Arnoldo Canclini



$$X = 2y + 2z$$

BIBLIOTECA DE ESTUDIO BIBLICO

CASA BAUTISTA DE PUBLICACIONES

Apartado 4255, El Paso, Tx. 79914 EE. UU. de A.

Agencias de Distribución

ARGENTINA:

Rivadavia 3464, 1203 Buenos Aires

BELICE:

Box 952, Belice

BRASIL:

Rua Silva Vale 781, Rio de Janeiro

BOLIVIA:

Casilla 2516, Santa Cruz

COLOMBIA:

Apartado Aéreo 55294, Bogotá 2 D. F.

COSTA RICA:

Apartado 285, San Pedro

CHILE:

Casilla 1253, Santiago

ECUADOR:

Casilla 3236, Guayaquil

EL SALVADOR:

10 Calle Pte. 124, San Salvador

ESPAÑA:

Riera de San Miguel 9, 08006 Barcelona

ESTADOS UNIDOS:

Broadman: 127 Ninth Ave.,

Nashville, Tenn., 37234

GUATEMALA:

12 Calle 9-54, Zona 1, Guatemala

HONDURAS:

4 Calle 9 Avenida, Tegucigalpa

MEXICO:

José Rivera No. 148 Col. Moctezuma 1ª Sección

15500, México, D. F.

Matamoros 344 Pte.

Torreón, Coahuila, México

NICARAGUA:

Apartado 5776, Managua

PANAMA:

Apartado 5363, Panamá 5

PARAGUAY:

Pettirossi 595, Asunción

PERU:

Apartado 3177, Lima

REPUBLICA DOMINICANA:

Apartado 880, Santo Domingo

URUGUAY:

Casilla 14052, Montevideo

VENEZUELA:

Apartado 152,

Valencia 2001-A.

© Copyright 1988

Casa Bautista de Publicaciones

Todos los Derechos Reservados

Primera Edición 1988

Clasifíquese: Jóvenes-Estudiantes

C.B.P. Art. No. 12338

ISBN 0-311-12338-4

4 M 10 88

4817-99

Printed in U.S.A.

CONTENIDO

- 5 Qué Nos Proponemos
- 9 Vocaciones: ¿Es un Tema para Hoy?
- 19 Caminos y Caminos: Clasificación de las Vocaciones
- 37 Hay Que Tomar una Determinación y Seguir Adelante
- 51 Aunque Haya Barreras y Fracaso: Hacia el Exito
- 59 Final: Añorando la Presencia del Lector

QUE NOS PROPONEMOS

Era una joven segura de sí misma. Circunstancias de la vida habían reducido su horizonte a la esfera del hogar. Allí tenía su reino y lo conducía con la autoridad de un líder y con la eficiencia de un ejecutivo. Había un lugar para cada cosa y cada cosa estaba en su lugar. Además, cada momento tenía su ocupación y cada persona, familiar o visitante, entraba en el debido lugar de los engranajes. Llegada la crisis, cuando el duelo cayó sobre la casa, asumió el papel protagónico sin perder la cabeza. Aunque la muerte de su hermano la conmovió muy profundamente, aquello le sirvió para comprobar que realmente ocupaba en el mundo una situación específica.

Todo se hacía más nítido especialmente por la diferencia que había con su hermana menor. Ella, era una muchacha excelente. No era posible criticarle nada y siempre se adaptó tranquilamente a lo que se le reclamaba. Sin embargo, a veces, en particular en esas horas de emoción, era como si se ausentara del mundo. Tal vez allí estaba la cosa: no se encontraba a sí misma y los grandes sentimientos la alejaban de lo que parecía ser la realidad cotidiana. Su actitud ponía nerviosa a su hermana mayor, aunque por lo general ésta la miraba con afecto y paciencia, salvo cuando ya no podía hacerlo más y entonces el peligro de un choque era evidente. ¿Era normal, por joven que fuese, que soñara tanto y concretara tan poco? ¿Era lógico que, cuando había que moverse, sea cuando llegaba el dolor o simplemente con la llegada de un huésped, fuera necesario sacudirla con severidad o con cualquier otro medio que la volviera al mundo práctico? Quizá se daba cuenta de que aún le faltaba una decisión. Pero, aunque sentía hacia dónde quería ir, le parecía que ponerse en movimiento y disentir con su hermana era demasiado.

Ambas querían conocer la voluntad de Dios y se expusieron a él. Tanto la que estaba segura de sí como la que vivía llena de preguntas y emociones. La primera vez que esa situación fue algo concreto, la mayor sintió que su mucha actividad y su celo por hacer cosas no recibía aprobación: algo faltaba, aquello era muy superficial y por moverse, acababa perturbada. En cambio su hermana, que en la hora de la crisis sólo supo echarse a llorar, que prefería sentarse a escuchar y reflexionar, que por ahora no hacía realmente nada (aunque soñaba con hacer algo grande después) a ella sí Jesús le dijo que estaba en el buen camino. Que nadie le podría quitar aquello y que siempre se contaría lo que había hecho en algún caso.

No sabemos más de ellas. Marta y María, pues de ellas hablamos, han quedado como un símbolo. Los relatos de Lucas 10:38-42, Juan 11 y 12:1-8 que es toda nuestra información, nos las describen muy claramente.

¿Son un buen ejemplo para comenzar un libro que pretende enfrentar brevemente el tema de la vocación? Es muy posible. Algo no funcionaba en Marta a pesar de que sabía bien lo que quería. En el caso de María, las carencias eran evidentes, sin embargo, había en ella un fundamento positivo que, por su juventud se nos ocurre, la hacía estar en la búsqueda de cómo invertir su vida. Hoy, con un vocabulario psicológico de este siglo, las calificaríamos como extrovertida e introvertida. Ser de una u otra forma, necesariamente debía orientarlas a una vocación diferente. Los futuros lectores de estas páginas podrán ser clasificados - o no - de esa manera. Pero, el ejemplo puede ayudarles a comprender que el interrogante sobre el camino que deben tomar tiene raíces hondas en la condición humana, en la historia y en su propia personalidad.

**Hemos de ser francos. Hay una pregunta acuciante que nos ha surgido una y otra vez.
¿Hablar hoy de la vocación no es vivir fuera de la realidad?**

Hasta no hace demasiado, los jóvenes simplemente se encaminaban por donde les mostraban los demás o admitían aquello que se les hacía imperioso para poder subsistir. Ahora parece que estamos entrando en otro mundo donde todo está tan mecanizado y clasificado que tampoco queda lugar para elegir.

Sería absurdo negar esos hechos. Pero también está el otro lado. Nada puede eliminar la chispa divina que el Creador puso en el ser humano. Ser hombre o mujer es tener capacidad de decisión, aunque se pueda renunciar a ella. Sigue siendo posible escoger la meta a que se quiere llegar aunque al final sólo se llegue a la mitad. Todavía es posible luchar por el campo que se quiere alcanzar, aunque después se lo recorra por un costado y no por el centro. Precisamente por las dificultades que hoy enfrentan quienes deben tomar una decisión puede ser útil escribir estas páginas.

Es preciso mencionar un caso en particular. Cuando este libro fue encargado, los editores mencionaron que hace unos veinticinco años, Santiago Canclini - mi padre - publicó un librito titulado "*¿Qué Debo Ser?*" (Junta Bautista de Publicaciones, Buenos Aires, 1963), que no podía ser ignorado. No nos ruboriza decir que hemos apelado a unos cuantos ejemplos y razonamientos de ese trabajo pequeño, pero consistente.

Este libro ha sido escrito como de un cristiano a otros cristianos y no hay en eso nada por qué disculparnos. No podemos hacer a un lado nuestra concepción de la vida, en la que creemos que Dios tiene algo que decir. Si cae en manos de alguno que no es creyente, esperamos también que le sea útil. El mundo necesita de todos. El problema es que nos resulta difícil pensar en un mundo con metas y planes sin la existencia y presencia activa de Aquel que lo planeó. Tal vez alguno, buscándose a sí mismo, encuentre a quien le hizo a su imagen y semejanza y tuvo un propósito para él al colocarlo en esta tierra.

Hemos de reconocer en fin, que han sido páginas difíciles de escribir. Fue necesario tener en mente a jóvenes de todo un continente. A nuestro alrededor, contemplamos a quienes la lucha (o la falta de lucha) les hace difícil elegir su camino debidamente. Se hace candente la pregunta del Apóstol: "Para esto, ¿quién es suficiente?" Pero al participar de su lucha, el autor se ha identificado más con los lectores. Por eso, si por leernos alguno define su destino o al menos recibe un indicio para hacerlo, seguro de que está iluminado por Dios; el afán por producir estas páginas no habrá sido en vano.

Arnoldo Canclini

VOCACIONES: ¿ES UN TEMA PARA HOY?

- **¿Qué Es la Vocación?**
- **La Vocación, Don Individual**
- **Saber de Qué Hablamos**
- **Criterios Claros**
- **La Vocación Es Algo Serio**

Una vieja historia, leyenda o cuento, habla de una gran montaña que se levantaba en medio de la llanura de la vida. Innumerables caminos y senderos se dirigían hacia la cumbre. Algunos en forma muy directa. Otros, sorteando obstáculos y tomando atajos. A ella se acercaba la juventud de todas las naciones. Uno a uno se colocaban delante, examinaban las laderas, soñaban con la cumbre y se lanzaban a la conquista. Así era como su existencia, su lugar en el mundo, personal e intransferible, iba teniendo sentido. Y eso los impulsaba cada vez más hacia arriba. Algunos se encontraban muy solitarios: nadie más tomaba ese curso y debían afrontar la marcha acompañados sólo por la conciencia del deber y de un fuego sagrado en su interior. Otros iban formando grupos y luego caravanas, que comenzaban intercambiando ideas, luego forjaban lemas y terminaban entonces himnos y canciones con las que se animaban recíprocamente y alababan al Señor de la montaña, el Rey del universo.

Cierto día llegó un joven especial. Tenía la determinación de subir, pero al mismo tiempo estaba decidido a no hacerlo irreflexivamente. Si en ello se le iba la vida, si de ese modo podía determinar todo lo que sería en el futuro, si habría o cerraba vías y posibilidades, bien valía la pena. Era cosa de tomarse algo de tiempo. Allí encontró, al pie de la falda rocosa, una gran piedra que parecía estar esperándole. Se sentó en ella; poco a poco le fue resultando más confortable y no se dio cuenta de que el tiempo se iba pasando. Pero no debía apurarse: el apremio no es un buen consejero y gente como él siempre sopesa todos los caminos y todos los posibles resultados. Junto a él iban pasando los demás. Unos más rápidos, otros más lentos, algunos imitándole al detenerse un tanto, pero sólo

para proseguir después. De lejos se oía el murmullo de las conversaciones y el eco de las canciones. El siguió analizando, meditando, discutiendo consigo mismo. Un tiempo se fue, y luego otro, y otro más. Por fin, ya no hubo tiempo para él. Los otros jóvenes que pasaban incesantemente comenzaron a preguntarse qué era esa roca tan gigante, cuya parte superior tenía forma de hombre. Allí quedó como mensaje.

Este es un relato muy repetido, que quizá todos conozcan, pero que resulta interesante como punto de partida. Si nos preguntamos qué era lo que hacía subir a aquellos muchachos y muchachas, podemos responder que era una vocación. A veces compartida, a veces solitaria, pero que era siempre un impulso hacia adelante y hacia arriba. ¿Por qué no los imitó el protagonista? Precisamente por falta de vocación.

Así comenzamos a descubrir algunos de los elementos que conforman la vocación:

Un llamamiento desde lo Alto, un impulso hacia adelante, y una decisión de responder y actuar en consecuencia. A veces se requerirá reflexión y maduración, pero no hay verdadera vocación si no hay un alma en movimiento.

¿Qué Es la Vocación?

Una forma de aparente erudición para contestar a la pregunta de qué es la vocación puede ser recurrir al diccionario. La Real Academia Española nos dice lo siguiente: "Vocación (Del latín *vocatio*, acción de llamar). Inspiración por la que Dios nos llama a cualquier estado, especialmente el de religión". Siguen otras acepciones que no nos interesan.

Otros diccionarios nos dicen cosas parecidas. Los cinco que tenemos a la vista no ofrecen mucha variedad. En uno leemos lo siguiente: "Inclinación hacia determinada profesión, actividad o género de vida". En un tercero leemos, "a cualquier estudio profesión o carrera". En uno muy famoso en varios idiomas, leemos en el original francés: "Acto por el cual la Providencia predestina a toda criatura racional a un papel determinado. Inclinación que se siente por un estudio".

Hay diferencias y similitudes que nos permiten ir elaborando nuestro propio criterio. Veamos.

1. La palabra "vocación" viene del latín. *Vocatio* deriva del verbo *vocare*, que significa "llamar", exactamente como esta palabra castellana. Por lo tanto, la vocación es un llamamiento. La pregunta es quién llama.

2. La Real Academia dice con mucha religiosidad que es Dios y el Larousse "la Providencia". Esto puede ser discutido por los no creyentes y en algún sentido por todos; así es como uno de los diccionarios habla simplemente de una "inclinación", sin hacer referencia a elementos sobrenaturales. La idea de predestinación

realmente es muy fuerte. Pero ella nos sirve para indicar cierto sentido de algo innato, algo que traemos dentro, sea que Dios lo ponga o que provenga de otra fuente (la naturaleza, la herencia, el ambiente, etc.).

3. Sea Dios, sea nuestra propia inclinación o lo que fuere nos llevan a algo. Sumando las definiciones, encontramos que puede ser a: un estado, un estudio, una profesión, una carrera, una actividad o un género de vida. Parecería que es bueno tenerlo todo en cuenta.

4. La pregunta final es a quién se dirige el llamado. Si la Academia dice que Dios *nos* llama, sobreentendemos que se refiere al género humano. Algo de eso entendemos cuando vemos una referencia a "toda criatura racional", o sea: a) a los seres creados (por Dios, se entiende); b) a todos ellos; c) sólo delimitados por ser racionales.

La vocación, por lo tanto, es algo que apela a nuestra razón, y que Dios nos ha dado inclusive para ello.

Si admitimos esto, nos encontraremos cerrando el paso a los conceptos de que la vocación es algo irracional, simplemente impulsivo, algo así como el fuego interior de que gustan hablar los poetas. Algo de eso debe haber sido la experiencia de los profetas, necesaria entonces por no existir todavía una Palabra de Dios escrita. Oímos impresionados a Jeremías: "*Tu palabra en mi interior se convierte en un fuego que devora, que me cala hasta los huesos. Trato de contenerla, pero no puedo*" (Jeremías 20:9 V.P.).

La Vocación, Don Individual

Mantengamos en mente todas estas ideas como punto de partida y tratemos de aplicarlas a la realidad. Una forma de hacerlo es buscar personalidades concretas. Si decimos una serie de nombres, ¿qué responde la mente del lector? Probemos: Colón, Miguel Angel, Bolívar, Paganini, Ford, Robespierre, Pasteur, Pestalozzi, Ritz, Freud. Salvo el caso de que alguno no sea conocido, todos dirán más o menos lo siguiente: Descubridor, navegante, pintor, escultor, militar, libertador, violinista, músico, técnica, automovilismo, investigación, ciencia, educación, pedagogía, hotelería, sicología, religión.

Esos hombres se identifican inmediatamente con una actividad humana. No parece posible pensar que cualquiera de ellos podría haber hecho otra cosa, aun cuando sepamos que quizá fueron políticos o que cultivaron algún arte o ciencia al margen de lo principal. Lutero pudo haber sido músico, padre de familia y estadista, pero en seguida pensamos en él como en un hombre de iglesia. Dicho de otra manera, son gente que cumplió en su lugar y tiempo, de modo notable, con su vocación.

Pero surge enseguida una duda tremenda: ¿Tiene sentido hablar de vocación en la última etapa del siglo XX, cuando tantas cosas han cambiado?

Siguen en pie los dos ámbitos en que se desarrolla la vida humana: lo rural y lo urbano, aunque lo segundo haya desplazado enormemente a lo primero. Pero, sólo para hacer más acuciente nuestra pregunta: En el campo, ¿tiene lógica hablar de vocación? El hijo del agricultor es agricultor, como lo serán su nieto y su bisnieto. En realidad, apremiado por la menor necesidad de mano de obra y seducido por los destellos de la publicidad que le llega por el diario o la radio, el joven campesino emigra a la ciudad. Allí trabaja en lo que pueda para subsistir; su posibilidad de elección es casi nula.

Si ha nacido en la ciudad, las cosas no cambian mucho. Como veremos más adelante, la necesidad de medios de vida suele ser tan determinante en la forma de vida, que de hecho no existe determinación alguna. Nos parece que la palabra "vocación" se aplica bien a ciertas personas, a las que solemos decir que cumplen un ministerio o un apostolado: un médico, un misionero, quizá un investigador. Todos los demás son simples engranajes en una sociedad absorbente, que no deja lugar a las decisiones personales. Salvo que tengamos espíritu de sacrificio y que imitemos a aquellos poetas de la época romántica que usaban los cabellos largos, no por moda, sino por no tener para pagar el peluquero. Que lucían su delgadez hasta presentar un cuadro de moribundo (que a veces lo eran) sólo porque no tenían que comer, pero que, eso sí, cumplían con el arte que era su vocación.

Cada ser humano es valioso. Cada uno es un individuo absolutamente especial, completamente único, con características personales que Dios ha puesto en él.

Baste pensar en las huellas digitales. Cuanto más entremos a los aspectos espirituales, más comprendemos que el tema de la vocación tiene que ver con lo más hondo, con lo más sagrado; con lo que tiene cada uno como ser humano como individuo.

A mí, como individuo, se me han dado una serie de condiciones. Pero también se me ha dado la responsabilidad de tomar algunas decisiones que son absolutamente mías.

Hay tres decisiones fundamentales que deben tomar todo hombre y mujer normales:

La *primera* más importante es la decisión espiritual. En ella establecerá su relación con Dios, de modo de hacer de su vida perdida una vida eterna.

La *segunda* es la sentimental: quién será el compañero o la compañera de su vida, tema en el cual Dios también tiene un interés concreto.

Y la *tercera* es la vocación: qué hará con su vida, en el medio en que está y con las características que Dios puso en él aun antes de nacer.

Allí radica la diferencia entre el hombre y el animal. Los animales no toman decisiones; simplemente siguen su instinto. Obviamente, no tienen relación con Dios ni relaciones románticas como las entendemos los seres humanos. Tampoco

eligen su vocación. La mayoría simplemente sobreviven; comen, duermen y se reproducen: así es desde las moscas hasta los leones. Otros, como caballos, perros, gatos, elefantes, son domesticados y enseñados para servir a una única función en la que no tienen opinión que dar.

Los cuadros tenebrosos de la sociedad actual, los alcances de la publicidad y el "lavado de cerebro" parecen decir que la humanidad quiere transformarse en un gran rebaño. Cada vez que un joven se pone espiritualmente de pie y dice (o simplemente sueña con ello): "Seré carpintero, o abogado, o apicultor, o dibujante, o monja, o cantante, o arquitecto, o secretaria, o cazador," está retomando algo; algo básico de la decisión divina: "*Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza*" (Génesis 1:26). Semejanza que se demuestra, en los hombres y mujeres, por medio de tomar las decisiones que corresponden. Que se juegan en ello toda la vida, y que se gozan por poder hacerlo.

Tres decisiones fundamentales que debe tomar todo hombre y mujer normales:

- 1. La decisión espiritual: Su relación con Dios.**
 - 2. La decisión sentimental: Su compañero o compañera de la vida.**
 - 3. La decisión vocacional: Qué hará con su vida.**
-

Saber de qué Hablamos

Es buena costumbre empezar por definir el tema sobre el que se quiere hablar. A menudo, dos o más personas dialogan y no se entienden porque están hablando de cosas diferentes, o porque dan un contenido diferente a las palabras. Por ejemplo, algunas de las definiciones que hemos citado ponen el énfasis en la vocación religiosa; otras no. Entonces, ¿qué hemos de pensar cuando un joven viene y nos dice: "Siento el llamamiento de Dios"? Lo oí hace poco a un joven extranjero que está en mi país para estudiar computación y que enfrentaba ciertos problemas; de inmediato comprendí que estaba diciendo que quizá debía dedicarse al ministerio cristiano. Pero supongo que, cuando dejó su patria, lo habrá hecho con oración convencido de que ese paso importante era la voluntad de Dios.

Con esto observamos que la vocación es un tema muy amplio. Que afecta todos los aspectos de la personalidad y que incluso determina el futuro de un individuo y quizá el de su familia. Por ello se la puede estudiar desde los enfoques más diversos:

Hay, por ejemplo, un enfoque *sicológico*, que trata de analizar los procesos mentales, básicamente el de las motivaciones. Es decir, trata de determinar por qué alguien elige tal o cual camino. Se estudia el ambiente en que actúa, las

presiones que soporta, la educación que ha recibido, las asociaciones y reacciones de su mente, y de ello, se extraen pautas más o menos rígidas según la escuela que se siga.

Precisamente porque es un tema que tiene que ver con el ser humano como tal, también es posible estudiarlo *filosóficamente*. Ya hemos visto algunos pensamientos introductorios al respecto. Paralelamente con ello ha tenido un gran desarrollo todo lo relativo a la psicología, la antropología y las ciencias afines. ¿Qué mecanismos emplea la sociedad para moldear a sus componentes individuales? ¿O por qué tal cultura es de agricultores y tal obra básicamente de industriales?

Finalmente, y siempre por esa condición esencial de la vocación, el estudio puede ser desde un punto de vista *religioso*. En este caso, hacemos intervenir a Dios. Por supuesto, para un creyente es imposible aludir este aspecto, aunque algunos podrán pensar que el Señor sólo interviene, por así decirlo, haciendo llamados para el ministerio (pastor, evangelista, misionero, etc.). En la Edad Media se pensaba así y aún quedan muchos que siguen en la misma línea. Pero uno de los más importantes aportes de los grandes reformadores del siglo XVI, en especial Lutero y Calvino, fue el de haber insistido en la dignidad del trabajo, inclusive del trabajo manual, para lo cual Dios da dones y por lo tanto un llamamiento inicial a cada hombre.

La vocación afecta todos los aspectos de la personalidad e incluso determina el futuro de un individuo y el de toda su familia.

Sería absurdo negar los aspectos psicológicos, filosóficos o sociales de la vocación —que se ejerce a partir de mi propia decisión y en mi propio medio —pero también lo sería hacer a Dios a un lado cuando se trata de una decisión importante de la vida. El mundo que él creó es aquel en que *"tiempo y ocasión acontecen a todos"* (Eclesiastés 9:11).

Criterios Claros

Pero esas posibilidades variadas de comenzar a reflexionar sobre el tema nos van mostrando que la vocación se relaciona directamente con muchas otras cosas. Se la confunde a menudo con ellas, lo que es un error, pero también lo sería pretender aislarlas. Veamos:

Carrera

Cuando hablamos de una carrera, pensamos básicamente en aquellas profesiones que exigen un estudio más o menos prolongado; por ejemplo, médicos, abogados, ingenieros, docentes, toda suerte de técnicos, pastores y misioneros en algunas corrientes cristianas, etc. Este tipo de vocaciones suelen ser

miradas como algo superior. En América Latina el "doctor" siempre es importante. El dramaturgo rioplatense Florencio Sánchez escribió una hermosa pieza titulada "M'hijo el doctor", subrayando esto.

Muchas veces la idea de elegir una vocación se identifica con elegir una carrera, o sea a qué universidad o colegio voy a concurrir, para obtener tal o cual título. A esto podemos comentar dos cosas: *Primero*, que efectivamente todo aquel que emprende una carrera lo debe hacer por vocación. *Segundo*, que de ninguna manera la vocación sólo puede concretarse pasando por las aulas. Si bien un artista aprenderá mucho en una academia, comprendemos que, sobre todo en ciertas culturas, lo más importante no lo encontrará allí.

Además, no hay por qué declarar que el aprendizaje académico es superior a otros. Una persona que llega a ser capataz en un puesto técnico, a través de la experiencia de años, o aún gerente de una empresa por su dedicación a la misma, ha hecho también una "carrera". En realidad, lo interesante es que, en estos casos, usamos también la misma palabra, sólo que para el final del proceso: "Miguel hizo una gran carrera en la compañía de neumáticos."

Trabajo, Oficio, Ocupación

Esto se aplica, antes que nada, a aquellas inversiones de la vida que no exigen pasar por clase. Lo que yo hago, aquello que me gusta, es mi vocación. Soy carpintero o ebanista porque me seduce la madera. Soy agricultor o florista porque me gustan las plantas. Me he empleado en la facturación de un supermercado porque los números me entusiasman.

Por otro lado, también se aplica a lo que hacemos *después* de estudiar. Obtengo mi título de técnico mecánico y busco una fábrica en la que pueda utilizar los conocimientos que tanto me ha costado obtener.

Afición

No hay una palabra que diga claramente lo que esto significa. Entre las que podemos mencionar están: contento, gusto, satisfacción, realización. En inglés se creó la palabra *hobby* que se ha hecho insustituible hasta ahora. Esto nos diría que la vocación es aquello que nos gusta, que nos pone contentos, que nos hace sentir tranquilos y en paz, al menos con nuestra conciencia. Naturalmente se pueden tener aficiones o gustos nocivos, macabros y aun estúpidos.

"Afición" se relaciona con "fijo", "fijación". Es algo a lo que queremos estar siempre unidos. Una fijación puede ser algo que se nos mete en la cabeza y que no sale ni con la necesidad, ni los consejos, ni los golpes, y ni siquiera con el sentido común. En una pieza teatral argentina que se titula "La fiaca" (quizá en muchos países no se comprenda que es ese estado en el que uno simplemente no quiere trabajar porque no quiere trabajar y se siente feliz así), el personaje resuelve no ir al trabajo precisamente porque dice: "Me vino la fiaca". Considera que su nueva afición es quedarse en la cama, ver televisión, leer revistas, etc. Su necesidad de volver al empleo es quizá la parte más floja como drama, pero por lo menos es sensata.

Papel

Los términos anteriores miran el problema de la vocación desde la perspectiva del individuo. Ahora lo miramos desde la sociedad: cada uno tiene un lugar en ella, no sólo física sino también laboralmente. Con frecuencia se usa el neologismo *rol* (del inglés *roll*) que han popularizado los sicólogos. Las señoras dicen a sus hijitos: "Asumo mi rol de madre y te mando a la escuela"; por supuesto, el niño no entiende nada, y quizá tampoco la dama que no ha pensado mucho en qué significa que su lugar en la sociedad es ser madre.

Cuando se reúnen aunque sean dos o tres hombres, cada uno de ellos está en relación con los demás y tiene expectativas sobre la forma en que los otros cumplirán con lo que eso implica. Las relaciones son la forma en que cada uno se adecua a su posición y capta la posición de los demás. Por eso, lo importante "es la identidad de cada participante, porque no se supone que todos esperan lo mismo". O sea que cada persona tiene una identidad definida, que le va haciendo adquirir posiciones cada vez más definidas. Así es como, de acuerdo al valor que en cada lugar o cultura se da a una posición, van surgiendo los *status*, es decir el reconocimiento mayor o menor que se da a aquéllas. Eso permite adquirir determinados cargos; por ejemplo, la facilidad mayor con que el hijo de un profesional llega a ser profesional. El papel es la forma en que un individuo se comporta en una posición determinada.

Desde un punto de vista psicológico, la vocación consiste en encontrar un papel que satisfaga nuestras expectativas y, al mismo tiempo, las expectativas de la sociedad. La expectativa de ser cosmonauta no es muy racional en Uganda o Nepal, como la de ser cultivador de orquídeas no tiene muchas perspectivas en Groenlandia.

Voluntad divina.

A los impulsos que vienen del interior y a los que vienen de la sociedad, un creyente agregará los que vienen de Dios. Esto es verdad en cualquier religión.

Para un cristiano significa nada menos que el interés que Dios tiene en cada uno como persona. Dios se ha preocupado por mí desde antes de mi nacimiento, me ha "programado" (para usar una palabra moderna) para ser y hacer algo específico que llene sus planes. Así es como creó a Adán y le encargó que cuidase del huerto y señorease la tierra y a Eva para que fuese "ayuda idónea" de su marido.

De todos los personajes bíblicos, ninguno examinó más su vocación que el profeta Jeremías. Al principio de su libro transcribe las palabras de Dios: "*Antes de darte la vida, ya te había yo escogido; antes de que nacieras, ya te había yo apartado; te había destinado a ser profeta de las naciones*" (Jeremías 1:5 V.P.). Varios pasajes nos hablan de la lucha interior, así como de los problemas (cárceles, azotes, persecución, exilio) que su vocación le produjo. Algo similar nos dice el apóstol Pablo cuando escribe: "*Para mí no es motivo de orgullo predicar el mensaje de salvación, porque lo considero una obligación ineludible. ¡Y ay de mí si no lo predico! Por eso, si lo hago por mi propia voluntad, ya tengo mi recompensa; y si lo hago a regañadientes, de todas maneras es un encargo que Dios me ha dado*" (1 Corintios 9:16, 17 V.P.).

Para un cristiano, vocación significa nada menos que el interés que Dios tiene en cada uno como persona. Dios se ha preocupado por mí desde mi nacimiento. Me ha "programado", para ser y hacer algo específico que llene sus planes.

Notemos que, desde este punto de vista, la vocación no es necesariamente algo grato en lo cual sólo sentimos alegría y agrado. En realidad, no es así cuando se tienen reales aspiraciones. Ellas nunca se alcanzan sin lucha. Ningún artista crea sin sufrir "dolores de parto espirituales". Ningún empresario llega al éxito, sin etapas de frustración y ansiedades. Seguirán si sienten real vocación. Para un creyente, a ello se agrega la convicción de que se está cumpliendo la voluntad divina.

La Vocación Es Algo Serio

Hay otra forma en que podemos analizar los elementos que actúan para determinar una vocación. Para ello recurrimos al sociólogo Kingsley Davies quien señala que debemos comenzar por el "actor", o sea el que realiza la acción; en este caso, el lector. Luego aparecen otros tres factores:

Primero, los *finés*, o sea "el futuro estado de cosas hacia el cual, en la mente del actor, tiende al proceso de la acción".

Segundo, las *condiciones*, o sea los aspectos en que debe desenvolverse dicha acción y sobre los cuales el actor no tiene dominio.

Tercero, los *medios*, o sea aquellos recursos o aspectos sobre los que el actor sí tiene dominio. Dicho de otra manera, las condiciones son todo aquello a lo que debemos someternos, mientras que los medios es todo lo que podemos usar para lograr los fines.

Se supone que quien toma en serio su vocación comienza por determinar los fines. O sea, produciendo un esfuerzo de la imaginación que le permita visualizar a dónde quiere llegar, cuál es su meta, el estado o la situación en que sentirá que ha cumplido el propósito de su vida. Por supuesto, no es lo mismo un fin que un resultado. Por ejemplo, nos dice ese autor que un agricultor tiene un buen resultado porque ha llovido, pero eso no depende de su empeño; el fin es lo que incluye el elemento del esfuerzo y los planes propios. Se los elige de acuerdo a los valores, o sea lo que cada persona considera como un bien deseable o una responsabilidad propia. Se podría agregar entonces que una persona puede ser definida por los valores que tiene. Hagamos una adaptación más al viejo refrán y digamos: "Dime lo que quieres (lo que consideras valioso) y te diré quién eres."

Pero cuando se tienen fines se encuentran obstáculos; no hay acción sin obstáculos. Muy pobre será nuestra meta si todo sale automáticamente. Siempre tendremos, por el hecho de ser humanos, condiciones que nos limitan.

Cuando el sabio sueco Linneo clasificó a los seres vivos dándoles un nombre latino, al hombre lo denominó *homo sapiens*, "hombre sabio". Se le han hecho muchas adaptaciones: *homo faber* (productor), *homo ludens* (que juega), *homo economicus* (que maneja dinero), etc. Pero la definición científica sigue en pie, sin que nadie la haya cambiado en los libros. ¿Diremos entonces que si no es *sapiens* (sabio) tampoco es *homo* (hombre)? El asunto es, pues, aclarar qué significa "sabio".

Un hombre es sabio cuando tiene fines que también lo son. Cuando admite las condiciones que se le dan y que no puede modificar, y al mismo tiempo procura usar todos los medios lícitos posibles para alcanzarlos. Una vez logrado eso, se puede decir que ha determinado lo que será su vocación.

Cuando decimos que la vocación de cada hombre es algo dado por Dios, estamos pensando en que de él proceden esos impulsos hacia determinados fines, hacia los fines específicos del propio existir.

Sí, porque él conoce las condiciones de cada uno, y es él quien provee los medios. Si los medios no están, él los puede dar si está en sus planes, si los pedimos, y nos esforzamos por conseguirlos.

Somos hombres cuando somos "sabios" y somos sabios cuando coincidimos con el propósito del Creador. Dijo Salomón: *"Pues el Señor es quien da la sabiduría; la ciencia y el conocimiento brotan de sus labios."* Y antes: *"Presta oído a la sabiduría; entrega tu mente a la inteligencia. . . Entonces sabrás lo que es honrar al Señor; ¡descubrirás lo que es conocer a Dios!"* (Proverbios 2:6, 2, 5 V.P.).

Escogiendo bien nuestra vocación, somos sabios. Y por eso, somos hombres. Sin duda, un buen tema para discutir hoy.

CAMINOS Y CAMINOS: CLASIFICACION DE LAS VOCACIONES

- Hay Distintas Vocaciones
- El Concepto Cristiano de las Vocaciones
- ¿Cuál Es la Mejor Vocación?
- ¿De Dónde Viene Ese Impulso?
- ¡Cuidado con las Motivaciones Negativas!
- Motivaciones Positivas

No se trata de pensar en caminos "buenos" y "malos", pues éstos deben ser descartados antes de empezar. Pero al haber tantos caminos legítimos surge una de las mayores dificultades para una definición. Bien decía Salomón: *"Hay camino que al hombre le parece derecho, pero su fin es camino de muerte"* (Proverbios 14:12; 16:25) y *"Todo camino del hombre es recto en su propia opinión, pero Jehová pesa los corazones"* (Proverbios 21:2).

La Biblia también ilustra la diversificación de las ocupaciones. Adán fue creado y puesto en el huerto *"para que lo labrara y lo guardase"* (Génesis 2:18). Esa era su vocación, la decisión de Dios para sus vidas, y no tenían opción. Luego, Caín fue agricultor y Abel pastor de ovejas; sus vocaciones se habían bifurcado.

Después se nos señalan sumariamente otras vocaciones: Jabal fue *"padre de los que habitan en tiendas y crían ganados"* (Génesis 4:20); Jubal, *"de los que tocan arpa y flauta"* (Génesis 4:21), o sea, el comienzo del arte; Tubcal-caín, *"artífice de toda obra de bronce y hierro"* (Génesis 4:22), o sea el inicio de la técnica. No es casual que el Creador haya ido multiplicando las aptitudes y que su Palabra se cuide de consignarlo. En esos primeros casos sólo podían orientarse por la voz de su corazón, ya que no había nada que imitar ni consejos que oír, pero fueron modelos ("padres") de otros.

Al pasar las épocas, la multiplicación de posibilidades se ha hecho impresionante.

Hay Distintas Vocaciones

Se han hecho muchos intentos de clasificar las vocaciones. Pero estas, nunca llegan a ser satisfactorias porque de hecho lo que se analiza son más bien las ocupaciones.

Actividades Manuales y No Manuales

Tradicionalmente, esta es la primera clasificación y viene al menos del tiempo de los griegos. Platón y Aristóteles, siglos antes de Cristo, menospreciaron el trabajo manual por ser indigno de hombres libres (que debían dedicarse a la *paideia*, educación) y correspondía a los esclavos, para quienes era la *tecné* (trabajo, de donde deriva "técnica").

No se trataba, como diríamos hoy, de "no ensuciarse las manos". Algo de eso queda aún. Un ejecutivo no toca ciertos papeles, que manejan las secretarías, que a su vez dejan la limpieza al personal de servicio. Lo mismo se repite entre médicos, enfermeras y mucamas. A veces nos damos cuenta de que alguien es un gran hombre, porque puede pasar por encima de eso sin menoscabo. Se dice que a Abrahán Lincoln le solicitaron una "pose presidencial" para una foto y posó con una escoba. No es cuestión de pensar, una vez más, que eso puede ser absurdo: simplemente es así. Los sociólogos nos hablan de que, cuando se transgreden esas reglas, la comunidad aplica "sanciones", que van desde la pena de muerte hasta sutilezas como el menosprecio y la crítica.

El concepto griego era que es rebajante trabajar por dinero, pues un hombre libre debe dedicarse a la poesía, la filosofía o la política y quizá a la guerra. Aristóteles decía que no era malo el trabajo sino lo que impulsaba a ello; si era por placer, por el bien de otros o por cultivar una virtud era plausible. Por eso, los poetas latinos como Virgilio u Horacio, cantaban las delicias de las labores rurales por simple hedonismo (o sea el placer que se obtiene de la naturaleza).

Un ejemplo de esa influencia lo tenemos en la historia del apóstol Pablo. Como creció en un ambiente helenizado, además de la enseñanza que hoy llamaríamos académica, aprendió un oficio: fabricar tiendas. Este oficio lo aplicó cuando en Corinto estuvo sin dinero. Declaraba ufano: "*Estas manos me han servido*" (Hechos 20:34). El capítulo 9 de la primera carta a los corintios se entiende mucho mejor pensando que su autor apelaba a esos conceptos. Pablo les recuerda que para él no fue un problema trabajar manualmente, pero que era una vergüenza *para ellos*. Notemos como pregunta: "*¿O sólo yo y Bernabé no tenemos derecho de no trabajar?*" (9:6). A los ancianos de Efeso, les dijo que: "*En todo os he enseñado que, trabajando así, se debe ayudar a los necesitados y recordar las palabras del Señor Jesús que dijo: Más bienaventurado es dar que recibir*" (Hechos 20:35). A los mismos efesios, les escribía más tarde: "*El que hurtaba, no hurte más, sino trabaje, haciendo con sus manos lo que es bueno, para que tenga qué compartir con el que padece necesidad*" (Efesios 4:28). Lo que para nosotros es simple, para ellos podía ser escandaloso: ¿trabajar con las manos? Sí, decía Pablo, porque el concepto cristiano no termina cuando se tiene lo necesario: hay que producir para los demás.

Es interesante cómo se van produciendo excepciones. En los países ricos, la

gente procura tener un "hobby" manual con el que descansar la mente: jardinería, cocina, carpintería, etc. Por otro lado, los estudiantes pagan sus gastos haciendo limpieza, atendiendo restaurantes o cortando el césped. Con ello, además del dinero, adquieren una autosatisfacción que quizá tenga algo de "sacrificio" (Y pasamos por alto cómo eso ha evolucionado a las muchachas que se prostituyen o que posan desnudas para obtener con qué pagar sus gastos de estudio).

Los futurólogos anuncian que habrá una futura "edad de oro" cuando no será necesario trabajar para producir. En las tres cuartas partes del mundo aún falta muchísimo, y además los resultados previsibles, son muy poco dorados.

Actividades Básicas y Combinadas

Otra clasificación (que tomamos del libro de Santiago Canclini) fue hecha por Henry U. Watters, dividiendo las actividades humanas en *básicas* y *combinadas*, según tengan que ver con cosas, gente o principios.

Las *básicas* comienzan con la producción (el campo, la explotación de los bosques o las minas), pasa a la industria y afines (de la relojería a la alimentación y el vestido) y culmina con el transporte. Así los productos llegan a los consumidores. Todo eso se relaciona, como él dice, con las "cosas tangibles".

Lo que tiene que ver con la gente empieza con aquello que está destinado a otro: las de "servicio personal" como peluqueros, sastres, mucamas, etc. Siguen las actividades comerciales y finalmente las de enseñanza y salubridad (maestros, médicos, enfermeros).

Hay distintas vocaciones u ocupaciones: Actividades manuales y no manuales; actividades básicas y combinadas; actividades de ideas o principios; actividades independientes; actividades seculares y religiosas.

Actividades de Ideas o Principios

Abarcan la investigación, la filosofía y la organización social (política, economía, sociología, etc.).

Todo lo anterior se refiere a lo que Watters llama "básico" (o simple). Luego se debe pasar a lo que combina más de un aspecto.

Algunas tareas se ocupan de cosas, pero en relación con la gente; en el comercio, por ejemplo, no se piensa en un vendedor, pero sí en un bancario o un agente de bolsa.

Otras se ocupan de principios (cosas intangibles) que se relacionan con la gente. Abarca lo que solemos llamar "profesiones libres", para diferenciarlas de los "oficios". Incluye todo el arte (los plásticos, los músicos y los literatos, aunque abarque a los periodistas o publicitarios) y la ciencia (no como investigación, sino aplicada: medicina, química, geología, etc.). Hay además algunas que no caben

exactamente ni en el arte ni en la ciencia, como la historia o la ingeniería, que es tan amplia.

Ahora vemos cuatro esferas de "los que se ocupan de cosas intangibles (o principios) que se relacionan con la gente": la educación, el derecho, los servicios públicos (desde el presidente hasta el portero) y las fuerzas de defensa (ejército, policía, etc.). Finalmente aparecen las tareas de esparcimiento (cantantes, actores, payasos y, según este autor, los conferenciantes).

Es una clasificación muy amplia, pero cuyo sentido no siempre encontrará eco en los clasificados. De cualquier modo, ayudará a analizar la propia posición.

Actividades Independientes

No se necesita explicar que hay muchas otras formas de clasificar las vocaciones. Muchas veces ello depende del tipo de sociedad en que se esté. Por ejemplo, en América Latina tiene fuerza la distinción entre *civiles y militares*; estas últimas carreras suelen tener cierto prestigio (salvo en ciertas circunstancias), lo que no ocurre en Suecia, por ejemplo.

La importancia de la burocracia estatal en nuestro medio ha dado importancia a la distinción entre ocupaciones *públicas y privadas*. Recuerdo a mi último maestro en la escuela primaria que nos aconsejaba: "Nunca sean empleados públicos", aunque él lo era, pues se trataba de una escuela del estado.

Más importancia, en cuanto a la idiosincracia de cada uno, puede ser la diferencia entre lo *dependiente y lo independiente*. En estos últimos ubicamos a quienes viven de rentas (propietarios urbanos o rurales), a los industriales y empresarios y a ciertas profesiones (médicos, abogados, arquitectos).

No es un panorama totalmente claro. Muchos profesionales trabajan ahora en relación de dependencia (el médico en un hospital, el abogado como asesor, etc.). Tampoco es exacta la idea de que unos son ricos y otros pobres. La autobiografía de Lee Iacocca, empresario automotriz norteamericano, se ha vendido mucho por ser un típico hombre de éxito económico. Pero no es necesario tener una fortuna para ser independiente, aunque sí algún capital mínimo, que puede ser prestado. Es llamativo cómo en la Argentina, algunas colectividades siempre han tendido a la independencia (armenios, siriolibaneses, griegos, ahora coreanos).

Contrariamente a lo supponible, el mayor desarrollo va dejando menos lugar a la independencia. Mencionemos dos ejemplos contrarios. Alguien me contaba sobre Bangladesh, uno de los países más pobres del mundo, pero que subsiste por su economía en la que cada cual tiene su campito de arroz, unos pocos animales y alguna manufactura casera para comprar lo que no puede fabricarse.

Por el otro lado, el sociólogo norteamericano Vance Packard, en su libro "Los buscadores de prestigio", cuenta que, en la época de la independencia, hace unos doscientos años, casi cuatro quintas partes de sus compatriotas eran empresarios independientes. En 1940 quedaba sólo un quinto del total y cuando escribía en 1959 no era más de un trece por ciento. Insistimos que son sólo ejemplos extremos.

Es cuestión de conocerse a sí mismo. Hay quienes gustan del riesgo y la posibilidad de más ganancias, mientras que para otros la estabilidad es un bien mayor. Ambas cosas son necesarias, en un mundo donde la independencia total se va haciendo difícil, mientras que las viejas ataduras van cayendo.

Actividades Seculares y Religiosas

No podemos dejar de dar importancia a la división de las vocaciones entre "*seculares y religiosas*", pese a las salvedades que haremos luego. Ello nos obliga a ir al diccionario, el que parece poner a las primeras en una categoría secundaria.

La palabra "secular" es oscura porque se refiere a lo que sucede o se repite cada cien años. Este criterio no existía en tiempos bíblicos y pertenece al "presente siglo malo", que en general las Escrituras llaman "el mundo".

Por supuesto, eso ya nos muestra que hay un error de palabras. Lo que llamamos "religioso" en una vocación (ser pastor, misionero, párroco, monje, rabino, etc.) tiene que ver con el "más allá", pero se ejerce con aquellos que están en el "más acá". Y se relacionan con el mejoramiento de su vida, al menos en darle esperanza, en esta tierra. Aun las órdenes religiosas que se dedican a la oración, lo hacen por gente de carne y hueso, y suponemos que en buena parte por lo que esa condición acarrea para ellos.

El Concepto Cristiano de las Vocaciones

La idea de vocación aparece en el mensaje cristiano al menos en tres formas. En primer lugar está lo que llamaríamos concretamente el *ministerio cristiano*. O sea, el llamamiento a dedicar la vida total o parcialmente a alguna de las posibilidades que se ofrecen para llevar el mensaje evangélico o sus consecuencias a otros. Puede entenderse que ése era el sentido de Pablo cuando dice: "*Prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús*" (Filipenses 3:14). Traducciones más antiguas (Besson, Reina-Valera 1909) usan la palabra "vocación".

En segundo lugar, solemos apelar a la palabra *ministerio*. En el lenguaje común, la usamos por ejemplo para un médico, pero dudamos que alguno la aplique a un cuentacorrentista de una empresa comercial o a un viajante de una fábrica de juguetes. Es difícil poner el límite, pues todo sirve al prójimo en alguna medida. ¿No sirve aquel que permite que se alegre una criatura en un paraje distante permitiendo que tenga un trompo o una muñeca?

Tal vez, en una lista de opciones, todos pondrían al sepulturero en último lugar. En un ejército en campaña, lo hacen los castigados. Pero es bien sabido que, en tiempos de epidemia, ha habido cristianos y aún organizaciones que se han

ocupado de esa imprescindible función social. Esa tarea, desagradable y macabra, puede transformarse en un ministerio cristiano. O sea que cualquier oficio o profesión puede llegar a ser una vocación religiosa, en este sentido. Sobre todo cuando se lo cumple con el sentido de responder a un llamado de Dios. Conozco a un fiel cristiano que, junto con su familia han transformado en un ministerio su empresa de servicios funebres.

Si consideramos que él nos ha creado con ciertas aptitudes y posibilidades, responder a eso es responder a un llamamiento implícito, aun cuando ni siquiera comprendamos que es algo que viene de Dios. La forma en que el Creador distribuye las vocaciones es una maravilla inexplicable. Ya sabemos por qué se nace hombre o mujer, pero dudamos que algún día la ciencia pueda decirnos por qué algunos tienen condiciones para lo manual, otros para lo administrativo y otros para lo artístico. Así, suma y sigue. No sin razón, Cristo dijo que su Padre "todavía trabaja".

Una vez más, el lenguaje común nos plantea otro asunto: Se suele decir que Fulano tiene "un don" para tal o cual cosa. Pero muchos cristianos rechazan la idea, diciendo que "dones" son los que aparecen mencionados, por ejemplo, en Romanos 12 o 1 Corintios 12. Pero allí se habla, sin duda, de "dones espirituales". Al extremo de que en algún caso, Pablo ni siquiera pone la palabra "don", aunque se la incluya en las traducciones. Por el otro lado, "don" se decía "carisma" en griego, término cuyo significado ha sido muy cambiado en la actualidad.

Nos parece claro que el Apóstol pensaba que hay dones en general y dones que, por el contrario, sólo existen por la acción del Espíritu Santo; éstos pueden ser factores nuevos en la personalidad como también la revaloración de los primitivos para hacerlos instrumentos de la iglesia o valores eternos. Una persona que tiene el don natural de la oratoria, recibe el don espiritual de la profecía o de la exhortación. El don natural de la administración se hace don espiritual y se ejerce "con liberalidad".

Cualquier oficio o profesión puede llegar a ser una vocación religiosa. Sobre todo cuando se le cumple con el sentido de responder a un llamado de Dios. Entonces, puede transformarse en un ministerio cristiano.

En un curso para preparar escritores cristianos, hice notar que esa actividad no figuraba en la lista de los dones (que obviamente no son exhaustivas), pero que Pablo era un gran escritor. Alguien me corrigió sabiamente, diciendo: "En las epístolas se habla de dones de profecía, enseñanza o exhortación; eso se puede hacer desde un púlpito, una cátedra o un libro. Un escritor es el que usa ese don en ese ministerio de escribir." Es claro que hay escritores que sirven a Dios, mientras otros sirven al público, a sí mismos, ... o a Satanás.

Finalmente, aunque no es nuestro tema aquí, el tercer sentido de la palabra

"vocación" en las Escrituras es la misma *vida cristiana*. Dice Efesios 4:1: "*Os ruego que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados.*" En otras traducciones (por ejemplo, la Versión Popular) no aparece la palabra "vocación". La idea es que somos *llamados* a estar en Cristo (Romanos 1:6; Gálatas 5:3; 1 Tesalonicenses 2:12; 1 Pedro 5:10, etc.). El que llamó a Lázaro fuera de la tumba, nos llama a nosotros a salir de una existencia muerta en delitos y pecados. Nos invita a gozar de otra vida en la que no sólo somos salvos, sino también servidores. Sí, porque un cristiano no puede dejar de preguntarse para qué lo puso su Señor en el mundo, pues debe hacerlo "*todo para la gloria de Dios*" (1 Corintios 10:31).

¿Cuál Es la Mejor Vocación?

Lo antedicho hace necesaria otra pregunta: "Bien, hemos clasificado ocupaciones y vocaciones. Pero eso no nos dice cuál es la mejor, qué debe considerarse superior." Dicho de otra manera, ¿hay una jerarquía en las vocaciones? La respuesta no es nada simple.

Por supuesto, enseguida diríamos que hay "vocaciones" que son inferiores. Por una causa u otra, son llevados a ello, los que se dedican al crimen, al terrorismo, al narcotráfico, al parasitismo, a la explotación de otros. No nos atrevemos a decir que eso sea una vocación, al menos en el sentido en que queremos ver el término. Pero sí, encontramos en ellos una inclinación, una situación social (y a veces una aprobación), una aptitud y muchas otras cosas que los asemejan a las vocaciones en el sentido pleno. Pero por lo menos diremos que no tienen igual jerarquía que las que significan trabajo honesto, servicio al prójimo y honra a Dios.

La respuesta necesariamente es subjetiva, o sea de acuerdo a los conceptos y valores que tenga cada uno. Para un deportista el cuidado de su cuerpo es lo sumo, mientras que un artista considerará que se trata de un enfoque totalmente vulgar.

Nos atrevemos a indicar dos formas de encarar el problema y quizá, son el punto de partida a dos formas de encarar la sociedad y el hombre mismos.

En primer lugar, nos preguntaríamos por el valor y la *trascendencia social* de cada vocación. Estas tienen un valor para el que la ejerce y, como veremos en el capítulo próximo, eso debe ser considerado. Pero, si además de traerme un bien a mí (satisfacción, dinero, prestigio), lo trae al prójimo o a la sociedad, parece legítimo pensar que estamos ante un valor superior. Por supuesto, la verdadera vocación podrá combinar ambos beneficios. Cuando Cristo dijo que nosotros valemos más que los pajarillos (Mt. 6:28), estaba indicando el mayor precio que Dios adjudica a los hombres sobre las cosas o el resto de la naturaleza. No queremos discutir con la gran cantidad de gente que hoy se dedica a proteger a los animales o al medio, pero simplemente nos preguntamos si hay suficientes esfuerzos volcados en las necesidades de los seres humanos.

Una pregunta que cualquiera puede hacerse es si se notará cuando se muera. ¿Es distinto el mundo y la humanidad porque yo he estado en su medio? Dicho de otra manera: ¿Tiene trascendencia la vocación que he elegido? ¿Quién es más útil: el barrendero que quita la inmundicia de la calle o el financista que especula con la Bolsa? ¿Cuál es más útil a la sociedad? ¿Cuál podría ser suprimido?

Esta idea puede llevarnos a la de una sociedad super socializada, pero nuestra intención es que sea un planteo estrictamente personal. Si el mundo puede pasarse muy bien sin aquello que yo me propongo hacer (y que me hace feliz), es dudoso que sea de rango superior.

Entendamos que eso no significa un bien inmediato y directo. El que limpia la ciudad impide una epidemia ahora mismo, pero el que planifica esa limpieza lo hace para más adelante. Es posible que ni nosotros mismos lleguemos a captar la importancia (el valor actual) o la trascendencia (el valor futuro) de lo que intentamos o hacemos, pero sin embargo la prueba siempre es posible.

La otra pregunta que nos podemos hacer tiene que ver con la medida en que nuestra vocación se adecua al *plan de Dios para mi vida y para el mundo*. Creemos que él nos ha dado nuestras aptitudes e inclinaciones y que nos ha hecho nacer en un lugar determinado con posibilidades y necesidades determinadas. No hay nadie exactamente igual a mí y por haberme hecho él así de singular, hay algo que subrayar que ese "algo único" es genérico y no específico. Como dijimos, él puede mostrarnos muy concretamente en qué nos quiere colocar.

Cuando analizamos nuestros gustos y nuestras características, lo hacemos pensando que son expresiones de la voluntad creadora y ordenadora de Dios. Nada es superior a lo divino y, si yo hubiera estado en el lugar de Adán, ser labrador hubiera sido perfecto; de hecho la caída fue en parte el querer ser como Dios y saber qué es lo bueno y qué es lo malo (Génesis 3:5). Lo bueno es hacer su voluntad y lo superior es adecuarnos totalmente a ella. Alcanzamos el punto superior cuando imitamos a Cristo. Para algunos, esto se relaciona con la idea de vocación en un plano superior: la redención de la humanidad. Cuando llega la hora de la crisis, para decidir cuál será nuestro camino, decimos como él: "*Hágase tu voluntad*". ¿O acaso no lo decimos cada vez que repetimos el Padrenuestro?

¿De Dónde Viene Ese Impulso?

El punto esencial está en lo que *yo* determino. Aunque lo hemos dicho ya, poner como parámetros el lugar social y la voluntad de Dios en cuanto a la

vocación no significa renunciar a mi elección y afinidad. Si llenamos un lugar a pesar de nuestras inclinaciones, no podemos hablar de vocación. La tendencia de nuestro yo más íntimo es un factor ineludible, pero no el único.

Las vocaciones proceden de lo más profundo de la personalidad, como los instintos o el amor.

Pero, no tienen una sola fuente. Hombres y mujeres se deciden, cuando se deciden, por múltiples motivos. Por eso es importante hacer un breve análisis de lo que se conoce con el nombre de "*motivación*". Esta palabra es una de las que se han puesto de moda, aunque se la usa más bien para los métodos y procedimientos por los cuales logramos que otros trabajen con más ahínco y eficiencia; lo que estamos pensando ahora es en la suma de factores que, desde dentro o desde fuera, nos llevan a ubicarnos en esa tarea.

¿Por qué un joven se dedica a vender fruta y otro a manejar un camión, mientras que un tercero sueña con ser paracaidista? Se supone que es porque tiene motivaciones diferentes.

Pero no siempre es así. Hay personas que parecen carecer de motivación o no han sabido despertarla. Como eso casi lo convierte en seres inanimados —Benito Mussolini decía que sus compatriotas apáticos tenían "vocación de vegetales"—, se piensa más bien que se trata de vocaciones negativas.

¡Cuidado con las Motivaciones Negativas!

Ya hemos mencionado que hay quienes tienen *tendencia a lo destructivo*, que sienten placer en ir contra la vida social. Así es como surgen los mafiosos, los secuestradores, los ladrones y demás enemigos públicos. Por supuesto, pensamos en aquellos que aún actúan racionalmente, aunque en su tiempo el criminólogo italiano Lombroso haya opinado que todo delincuente nato es un enfermo mental. Pero cabe hacer dos reflexiones que demuestran lo complejo de nuestra época. Algunos casos que sólo podemos calificar de negativos surgen, sin embargo, con móviles que para ellos son positivos. Pensamos, por ejemplo, en los terroristas y guerrilleros, que pretenden tener motivos superiores. El marxismo actual basa su "ética" en el antiguo concepto de Maquiavelo de que "el fin justifica los medios", declarando que la meta de una sociedad más justa admite el camino de la muerte

de algunos o el hambre de algún pueblo. Evidentemente, para un cristiano una verdadera vocación implica no sólo el fin que se ha de alcanzar, sino también las etapas del camino que se ha de recorrer antes.

Desviaciones Negativas

El otro problema es cómo en ciertas vocaciones es relativamente fácil, aun siendo dignas, caer en *desviaciones negativas*. Con increíble frecuencia, un policía se transforma en extorsionador o torturador, un juez actúa por cohecho, un político manipula fondos públicos en su beneficio o apela a cualquier recurso para perpetuarse en el gobierno. Ese peligro acecha en muchos órdenes. ¿Cuántos abusan del poder para atropellar económica y aun sexualmente al prójimo? ¿Acaso un dibujante o un escritor no pueden darse a la obscenidad para ganar más dinero? El ser humano es pecador desde el Edén y el deseo de ser como Dios transforma en algo diabólico lo más elevado que haya en él.

La Inercia

Otro factor negativo es el de *no sentir motivación alguna*. Simplemente vamos "donde va la gente", por *inercia*, el principio que nos dice que un cuerpo que se mueve se sigue moviendo y el que está quieto sigue quieto. No hay impulso personal, ni siquiera preocupación por tenerlo. La situación de sometimiento y explotación de muchos grupos humanos en América Latina lleva a esa manera de ser. Pero en el otro extremo, también caen en ella muchos adolescentes de las ciudades donde todo les es dado fácilmente y que llegan a la "conclusión" de que no vale la pena estudiar, sea porque conocen gente de dinero que no ha estudiado o viceversa, gente que se ha esforzado mucho sólo para tener con qué subsistir.

Rebeldía

El caso contrario, pero de igual resultado, es el de la *rebeldía*. Quizá surja de una excesiva presión familiar o de una situación social irritante. El "¿para qué?" se transforma en un "¡Al diablo con todo!" y el joven se lanza a hacer su propia vida, simplemente contra algo. Le han insistido que trabaje, que estudie con tanta exigencia que sólo se le ocurre salir a viajar, y a vagabundear ganándose la vida de cualquier modo. O, al contrario, le han dado tanto de placer que se mete a estudiar "cualquier cosa", la contraria de lo que le indica lo que le rodea, tal vez sólo para fracasar más tarde.

Línea de Menor Esfuerzo

Un término medio es el de la *línea de menor esfuerzo*. Esto tiene que ver con las motivaciones. Se piensa que el trabajo es sólo para mantener la familia o para ocupar el tiempo. En vez de una larga carrera de médico o de abogado, se entrará a una de kinesiólogo o de notario. Digamos claramente que es muy bueno ser kinesiólogo o notario, pero siempre que sea fruto de una decisión positiva; del mismo modo, podríamos decir que, en vez de ser notario, un joven se satisface con que un pariente le consiga un empleo secundario en los tribunales. Las injusticias que padecen quienes han luchado mucho producen esa reacción con un sentimiento de "No vale la pena"; puede ser cierto si la única razón para prepararse y trabajar fueran egoístamente el dinero o el prestigio, sin pensar en el servicio a otros y ni siquiera en la satisfacción personal. Esta parece ser una

enfermedad que va dominando importantes sectores de la juventud. Pensemos, por ejemplo, en la música. Antes se suponía que para estar ante el público —que podía ser sólo la familia —y aun para el placer privado, una persona debía estudiar una buena serie de años, al fin de los cuales se le daban también clases de composición y armonía, ante la posibilidad de que llegara a producir. Ahora sólo se necesitan rasgar un poco la guitarra, sin el menor conocimiento teórico y con escasa práctica, así como entonar una melodía pegadiza y rítmica, que se sabe que desaparecerá en dos o cinco años. El hecho de que "a la gente le gusta" o que "yo me siento cómodo" no es suficiente mérito.

¡Cuidado con las motivaciones negativas! La línea del menor esfuerzo, los espejismos circunstanciales, la rebeldía, los caprichos. Todo esto no te llevará a ningún buen lugar.

Espejismos Circunstanciales

Ello se relaciona también con los *espejismos circunstanciales*. Necesariamente ese cantor se agotará en un tiempo breve, pues su capacidad productiva estará limitada (salvo que sea un genio, lo que es posible). Pero gran parte de la juventud sólo ve el brillo de las luces y la música de los aplausos. Lo mismo ocurre con otras carreras y profesiones de moda. Cuando un ejército es victorioso, todos quieren ir al colegio militar, mientras que, después de una derrota (o de un fracaso en un gobierno de facto) las vacantes sobran en ellos. No hay campo que se escape de este fenómeno. Pensar en ser evangelista con la perspectiva de tener un estadio lleno escuchando (y sin tener que luchar luego con los pequeños grandes problemas de la gente) puede ser más atractivo que el pastoreo, que generalmente no trae fama ni aplausos, aunque sí afecto y reconocimiento, que pueden a su vez ser luces que confunden. Los nuevos inventos producen una ola de gente que se dedica a fabricarlos o venderlos. Es importante entender que, si una decisión puede ser transitoria, una vocación real es la que imprime sello a toda la vida. Quedan fuera de estas circunstancias esas personas que hacen del perpetuo cambio sin rumbo fijo una meta placentera. Quizá llegue a ser famoso, como el humorista Mark Twain, que fue leñador, comerciante, periodista y cien cosas más; lo que muchos no saben es que su vida fue una continua amargura y que su éxito no se debió a su forma de manejarla, sino a sus indiscutibles condiciones de escritor.

El Capricho

Una forma más de elegir (?) mal la vocación es el *capricho*. El motivo de que "a mí me gusta y nada más", "a mí me da la gana", "hago lo que se me ocurre", "si me va mal, a nadie le importa", no son argumentos racionales.

Motivaciones Positivas

No es fácil establecer una clasificación u orden en las motivaciones para la

vocación, pero podemos tratar de ver su procedencia para ir comentándolas brevemente.

Motivaciones que Vienen de la Sociedad

Son las que no tienen su origen en nuestra vida interior, sino en el medio en que nos ha correspondido vivir y que no hemos podido elegir, sino en pequeña medida y sólo a veces.

En primer lugar, debemos mencionar la *tradición*. En esta palabra, abarcamos una serie de cosas diferentes. En las sociedades antiguas, los hijos simplemente se dedicaban al oficio de sus padres. Por eso han habido célebres familias en ocupaciones determinadas. Los Bach fueron músicos por varias generaciones y los Guarneri fabricaron violines época tras época. Un niño crecía en un ambiente reducido en el que, obviamente, no había ni radio ni televisión que le hiciera saber de otras formas de invertir la vida. En muchas zonas rurales, la situación persiste; los padres quieren hijos varones y no mujeres porque es la forma de asegurar la mano de obra que requiere el campo.

El segundo elemento que puede proceder del ambiente es la *necesidad de la comunidad*. Un espíritu sensible puede descubrir no sólo qué es lo que falta, sino qué es necesario ir preparando para un desarrollo comunitario efectivo.

Esto de la propia vocación, es acaso el más grave y más hondo problema social, y la base de otros. La llamada por antonomasia cuestión social, es acaso más que un problema de reparto de riquezas, de productos del trabajo; es un problema de reparto de vocaciones y modos de producir.

Hay allí más de un aspecto. Por un lado, está el de la lógica. Es sensato detenerse a pensar si la vocación podrá ser encarrilada en una ocupación una vez terminada la etapa preparatoria. Para eso es necesario tener cierta capacidad de previsión porque es juicioso hacer consultas y averiguaciones. Por ejemplo, ¿es buena una carrera de ingeniería de petróleo? Algunos dicen que la necesidad energética del mundo la hace imprescindible, mientras que otros prevén que el agotamiento de las reservas actuales la hará obsoleta en un tiempo más o menos breve.

Por el otro lado, debemos considerar que una de las más altas vocaciones es el *apoyo al prójimo*. Tenemos en mente, por ejemplo, los maestros que han dejado posibilidades en las grandes ciudades para ir a trabajar con niños de los bosques o las montañas. Sigue en pie lo que dijo el romano Terencio: "Hombre soy. Nada de lo humano me es ajeno."

No hay duda de que es responsabilidad de padres, maestros y autoridades orientar a la niñez y la juventud. Pero no lo es imponer arbitrariamente su criterio. La vocación es estrictamente personal y el consejo no debe producir presión u obligación.

Ha perdido mucha fuerza la idea de que hay que "cuidar el nombre", o sea de que alguien con un apellido lleno de prosapia avergüence a su familia por ocupar una posición de menor prestigio social. Inclusive, a veces ocurre que ciertas niñas de la alta sociedad recurren a su apellido para dedicarse a ser modelos o locutoras.

En este sentido, la presión puede no ser familiar sino social. Una sociedad muy cerrada o estratificada sólo permite escoger en cierta medida. Generalmente, esto responde a cierta lógica. Aunque se cuenten historias de éxito, por encima de esas vallas, no suele ser lógico, por ejemplo, que un laosiano sueñe con ser cosmonauta de la NASA.

Motivaciones Que Vienen de Nuestra Situación Social

Hay un tema por el que lógicamente debemos comenzar, ya que suele ser determinante y que además tiene que ver con los aspectos sociales. Dicho en una palabra, se trata del *dinero*.

Esto tiene muchas facetas, que van desde la ambición desmedida e irracional hasta la necesidad más lógica y, en algunos casos, más imperativa. Puede ser el propósito más digno, así como puede ser el más pobre moralmente hablando.

Los sociólogos optimistas —por ejemplo, Fourastie— nos aseguran que se está dando "El retroceso de las motivaciones originadas en la necesidad". Nos produce una sonrisa dolorosa e irónica, leer su libro publicado inicialmente en 1959, donde nos dice que "en la civilización de 1980" cualquier ciudadano "mediocre y muy poco animoso" tendrá refrigeradora, baño de agua caliente y automóvil. Habrá desaparecido la ocupación de subsistir. Se puede dudar de que sea así en Francia, su patria, y en países similares, pero es de lamentar que la evolución mundial no haya seguido ese camino de prosperidad. De modo que el tema sigue teniendo vigencia.

A veces se trata sólo de una compulsiva ambición. Ya la Biblia nos señala esos casos. Job decía: "*Si puse en el oro mi esperanza, Y dije al oro: Mi confianza eres tú; Si me alegré de que mis riquezas se multiplicasen, Y de que mi mano hallase mucho; .. Esto también sería maldad juzgada; Porque habría negado al Dios soberano*" (Job 31:24, 25, 28). Por su parte, Salomón dice que "*la prosperidad de los necios los echará a perder*" (Proverbios 1:32).

C. Northcote Parkinson es un autor inglés que se hizo famoso con sus estudios sobre la burocracia. En un librito titulado "Las leyes de la Sra. Parkinson", se pregunta cuál es el sentido de buscar la riqueza por la riqueza misma. Admite que son muy pocos los que se contienen de ganar dinero cuando pueden hacerlo.

No hay en eso nada de malo. El dinero es simplemente lo que nos permite solventar nuestras necesidades. El problema está en el límite. El apóstol Pablo nos da el ejemplo al decir que había "*aprendido a contentarse, cualquiera fuera su situación*" (Filipenses 4:11). Notemos que lo había aprendido, o sea que no es una actitud mental que nazca naturalmente; por lo contrario, la fuerza de la ambición es muy grande. Adán y Eva no necesitaban cosas materiales y menos, dinero que aún no existía, pero Satanás los tentó a buscar más y más en otros órdenes.

Con la base de su autoridad y experiencia, Pablo escribía a Timoteo que "*gran ganancia es la piedad acompañada de contentamiento*". Diciendo que no llevaremos del mundo más de lo que trajimos; da una norma: "*Teniendo sustento*

y abrigo (comida, vestido y techo) estemos contentos con eso. Porque los que quieren enriquecerse caen en tentación y lazo y en muchas codicias necias y dañosas. . . porque raíz de todos los males es el amor al dinero, el cual codiciando algunos, se extraviaron de la fe y fueron traspasados de muchos dolores" (1 Timoteo 6:6-10).

Motivaciones Intimas

Proviene de las capas más profundas de nuestra personalidad y no son determinadas, y además son poco influidas por el medio en que nos desenvolvemos.

Tenemos en primer lugar nuestras *inclinaciones*. Auer las define diciendo que es "todo lo que impele a una persona hacia una determinada profesión". Todos tenemos inclinación a algo. A mí no me surge naturalmente el deseo de levantar una pared, de organizar un comercio o de dirigir un asilo de ancianos. Al mismo tiempo, a más de cuatro les parecería una esclavitud esto de sentarse ante una máquina de escribir, leer una cantidad de libros, estarse quieto mascullando ideas y redactar unas páginas por sí a alguien se le ocurre leerlas. Y quizá la misma persona se sienta feliz haciendo de albañil, vendiendo mercaderías o escuchando los problemas infinitos de los viejitos.

Da la impresión de que se trata de algo que traemos con nosotros mismos al nacer. Pero sin duda, en buena parte son formadas o influidas por el ambiente. De todos modos, nadie ha dejado de escuchar a esos parientes que opinan que un niño será futbolista por la forma en que patea una pelota o músico porque marca más o menos el ritmo de lo que oye. En verdad, ya desde los primeros años se va perfilando cuáles son las inclinaciones de cada uno. Siendo entonces algo tan intrínseco de la personalidad, es evidente que está relacionado con la vocación y que no se las puede pasar por alto, dentro de lo posible.

Cuando se combinan las inclinaciones básicas de un individuo, pues puede tener más de una, con su ocupación, el hombre se siente feliz.

Hoy se usa la palabra "realizado", que nos indica que se ha cumplido el plan que existía para su vida. Entra entonces en un estado de satisfacción, de disfrutar de lo que hace. Un amigo que es coronel e historiador de su provincia fue designado para dirigir el organismo que se ocupa de investigaciones históricas en el ejército. Le pregunté cómo se sentía allí y me contestó: "¡Imagínese que a uno le paguen por hacer lo que le gusta!"

Este es el ideal de muchos, tal vez el predominante, aunque no lo comprendan del todo. La inclinación tiene que ver, por una parte, con lo que a uno le atrae y por la otra con lo que le produce satisfacción. Un autor usa la palabra "contento" y la define diciendo que es "un estado de sosiego, de tranquilidad

íntima; es sentirse encuadrado y 'contenido' en el ámbito de ser de las propias posibilidades".

Esto recuerda las palabras del Predicador "Me he dado cuenta que no hay nada mejor para el hombre que disfrutar de su trabajo". Y también: "He encontrado que lo mejor y más agradable es comer y beber, y disfrutar de tanto trabajar en este mundo durante la corta vida que Dios nos da" (Eclesiastés 3:22; 5:18, V.P.). La clave está en la palabra "disfrutar". La misma Biblia nos aporta, con todo, un ejemplo de que quizá se puede disfrutar aun en un trabajo que puede no ser el preferido si la recompensa es algo muy deseado. Nos referimos al caso de Jacob, a quien el padre de su amada le impuso que trabajase siete años para recibirla, y se comenta: "Le parecieron como pocos días, porque la amaba" (Génesis 29:20) Podríamos imaginar fácilmente otros casos de personas que hacen del sacrificio un placer. Porque el elevado fin a que han invertido sus vidas es su verdadera vocación, más allá de sus inclinaciones.

Naturalmente sólo por causas superiores o por necesidades extremas se debe entrar en una ocupación que está en contra de nuestras inclinaciones. Y aun en esos casos se lo debe hacer con gratitud y con la confianza de que será algo transitorio.

Tampoco puede tomarse la inclinación como criterio único y definitivo. Como con todo lo inconsciente, podemos equivocarnos fácilmente. Si bien Davies dice que "los seres humanos no persiguen fines que consideren imposibles", no estamos seguros de que sea así. A alguien puede gustarle volar. Es natural que no querrá hacerlo como los pájaros (aunque los niños lo intenten, pero estamos hablando de gente madura). Pero ¿cuántas posibilidades hay en el campo aeronáutico en nuestro país, en nuestra situación económica, de acuerdo a nuestras condiciones físicas? Si bien los disminuidos (un ciego, un enano, un lisiado) hoy tienen muchísimo más campo que antes, es obvio que hay cosas que se les escapan, como ser piloto comercial.

Es posible que todos los autores pongan el énfasis en otro elemento de lo íntimo de la personalidad, o sea en las *aptitudes*. José Enrique Rodó dice categóricamente que "la vocación es la conciencia de una aptitud determinada". Por su parte, Auer define a la aptitud como el "conjunto de disposiciones y facultades personales que capacitan y equipan a una persona para responder a la norma establecida de rendimiento de un determinado sector de actividades profesionales". Agrega que incluye capacidades innatas y habilidades adquiridas.

Hay finalmente, otro aspecto de la vida personal que cabe entre estas motivaciones, aunque pareciera que guarda relación también con la vida social. Pero preferimos entenderla como un impulso del corazón que busca su vocación. Nos referimos al *deseo de trascendencia*. Desde el principio, digamos que es quizá la motivación que más está en crisis en nuestro tiempo.

Hay por lo menos tres aspectos en que estamos pensando y que, al irlos enumerando, explicarán lo que queremos decir:

En primer lugar, pensamos que una verdadera vocación debe llevar a todo joven sincero a algo "más allá", a no quedarse en la vulgaridad, en el término medio, en una gris mediocridad. En el librito de Santiago Canclini hay una historia que él contaba a menudo. Se trata de un niño que tiraba piedras hacia el cielo. Los

vecinos le preguntaron por qué lo hacía. "Quiero pegarle a las estrellas", dijo. Naturalmente, nunca les pegó. . . pero nadie en el pueblo tiraba piedras tan alto como él.

¿A qué apuntamos? Tal vez nuestra meta sea demasiado alta, pero si es superior a lo que aspira la generalidad, es posible que lleguemos más arriba. No se trata de "sentirse superior".

Pero en cualquier ocupación es legítimo tratar de hacerlo lo mejor posible, de ser el mejor en ello. Esto se aplica en todos los órdenes.

En segundo lugar, para otros la trascendencia de su trabajo tiene que ver con alguien más, generalmente los hijos, lo que fue tan habitual en los países poblados por inmigrantes. No importa que ellos hagan un uso digno de esa herencia: ésa es su responsabilidad, aun cuando tantas veces malgasten lo recibido.

Esto nos lleva a nuestro tercer criterio al hablar de trascendencia. La herencia es una curiosa institución que sólo puede ser defendida por su fuerza tradicional, pues significa que alguien recibe lo que no es fruto de su trabajo. Pero en realidad todos somos herederos de los espíritus superiores. Todos gozamos de lo que dejaron Shakespeare y Cervantes, Rafael y Van Gogh, Mozart y Sibelius. No nos son tan conocidos los nombres de los científicos, Pasteur y Sabin; los técnicos Edison y Ford o los pensadores y estadistas Aristóteles, Bacon y Montesquieu, que han hecho mucho por el mundo en que vivimos. Podemos ser libres porque hubo quienes defendieron ese concepto con su vida y quienes lucharon sin medir los sacrificios para ello. Todos podemos hablar de Washington, Martí, Morelos, Bolívar, San Martín, Artigas y mil más, aunque quizá olvidemos a una legión que compartió sus luchas. El mundo no ha descubierto cómo honrar a los héroes anónimos que forman parte del legado a la posteridad.

Por eso, cerramos este tema, haciéndonos la pregunta. ¿Qué quedará de mí cuando ya no esté? Es cierto que "muerto el perro, se acabó la rabia". Pero ocurre simplemente que un hombre no es un perro.

No se trata de que nos hagan un monumento ni publiquen una crónica en los diarios. Si se nos permite eso, que sea para bien del prójimo y gloria de Dios.

¿Podemos preguntar si el paso de mi pie ha dejado una huella en alguien, aunque no me recuerden? Si así fuera, habrá valido la pena nacer y vivir; dicho de otra manera, habremos cumplido con nuestra vocación.

Motivaciones Que Vienen de Dios

Tiene que ver con la voluntad de Dios para nuestra vida, o sea con los valores eternos y supremos. Lógicamente, estos aspectos ya se han tratado en otros lugares de las páginas previas.

Naturalmente, la voluntad de Dios aparece como una motivación cuando yo así lo quiero. Si yo no la busco o me resisto a las indicaciones que el Señor me dá,

no podrá ser aplicada. Por eso, hay una diferencia con la búsqueda de trascendencia que hemos mencionado antes. Este puede ser el impulso de un incrédulo que admite otras esferas más allá de la vida material y transitoria. Curiosamente, aun en el marxismo que lo niega, la misma vida comunitaria y su sueño de una sociedad justa se transforman en una meta para la vida de muchos. Pero es interesante recordar el caso del pensador y poeta alemán Federico Nietzsche. Con vuelo más artístico que filosófico, consideró que la meta del ser humano es la de llegar a ser un superhombre, a ser mucho más de lo que es, una plenitud que aún no ha alcanzado. Y se lanzó a la empresa por sí mismo. Alguna vez, angustiado, escribió un breve poema, titulado "Pino y Rayo", en el que dice que se sentía como un árbol solitario, esperando el rayo que lo fulmine. ¿Será una trágica parábola el hecho de que haya muerto habiendo perdido la razón? ¿Y que sea suya la célebre frase "Dios ha muerto"?

La Biblia nos dice que Dios es el que pone en los seres humanos las aptitudes específicas. Cuando dio un mandato a Gedeón, la pregunta divina ante las dudas fue "¿No te envío yo?" (Jueces 6:14). El rey de Tiro escribió a Salomón: "El Señor te ha hecho rey de los israelitas, porque ama a su pueblo" (2 Crónicas 2:11, V.P.). En el caso de David, padre de aquél, el profeta que lo ungió, recibió esta exhortación cuando quiso elegir al hermoso primogénito de la casa a la que había sido mandado: "No te fijas en su apariencia ni en su elevada estatura, pues yo lo he rechazado. No se trata de lo que el hombre ve; pues el hombre se fija en las apariencias, pero yo me fijo en el corazón" (1 Samuel 16:7, V.P.). Así, vemos que la determinación divina para la vida debe ser buscada, porque no siempre es evidente. Asimismo, podemos repetir las palabras salomónicas: "Todo camino del hombre es recto en su propia opinión; pero Jehová pesa los corazones" (Proverbios 21:2).

No está de más reiterar que esa voluntad no se refiere exclusivamente a una vocación al ministerio cristiano. El mundo no podría funcionar sólo con pastores y misioneros. Si Dios lo ha hecho de modo tal que precise agricultores, mineros, estadistas, transportistas, matemáticos y todo lo demás, es porque él poniendo diferentes aptitudes (dones), ha tenido una voluntad concreta para cada uno.

Dios dice: "Yo he creado al herrero" (Isaías 54:16, V.P.) Martín Lutero escribió, "Todo lo hace Dios por tu intermedio. Ordeña por tu intermedio la vaca y efectúa las tareas más serviles." Por extremo que esto nos parezca, si él hizo nuestro cuerpo con necesidad de leche y para eso creó las vacas, también habría de

crear a quien las ordeñe... aunque use métodos científicamente mecánicos. Esa distribución de dones, ya lo señalamos, es una de las grandes maravillas de la creación.

La carta a los Hebreos nos dice: "No es posible agradar a Dios sin tener fe, porque para acercarse a Dios, uno tiene que creer que existe y que recompensa a los que le buscan." (Hebreos 11:6, V.P.). Allí están dos de las primeras etapas. Primero, lógicamente hay que creer en Dios, con todo lo que eso significa. Segundo, hay que creer que, obedeciéndole, se recibe alguna recompensa. La motivación de aceptar su voluntad implica aceptar su recompensa, que puede ser muy distinta de las que podemos presuponer. El que realmente la tiene es el que admite que Dios sabe mejor que yo lo que es bueno para mí. Y que, sea como fuere, no dejará sin recompensa a los que confían en él.

La decisión —como veremos en el capítulo siguiente— incluye, que quienes deseen tomar este camino se pongan en las manos de Dios. No es posible limitarse a lo que inconscientemente seamos llevados a aceptar por presión social o familiar o por simple impulso de ganar dinero, prestigio o trascendencia. Quizá todo eso llegue, o parte de ello. Pero la sensación de haber llegado no se esperará de acuerdo a esas pautas sino cuando, más allá del río de la vida, el Señor diga: "Bien, buen siervo y fiel" (Mateo 25:20, 23).

HAY QUE TOMAR UNA DETERMINACION Y SEGUIR ADELANTE

- La Necesidad de una Decisión
- Elementos para Llegar a una Decisión
- ¡Adelante! Paso a Paso

De acuerdo con el capítulo anterior, la vocación sustancialmente es un impulso que puede provenir de la sociedad, de la persona misma, o de Dios. Pero no tendrá mucho valor si no es puesta en acción. La vocación no es algo metafísico, que puede quedar tranquilamente en el plano de las ideas, sin aplicación práctica. Necesita ser concretada y llevada a los hechos. Naturalmente, no siempre es así. A veces eso ocurre porque las circunstancias lo impiden. Otras, porque se retrasa su ejecución y después se comprende que la hora ha pasado. Y también hay casos en que, esas mismas circunstancias o la falta de visión, dificultan tanto su captación que no se la descubre.

Podríamos decir que hay dos etapas en la decisión. La primera es decir: "Esto es lo que quiero". La segunda es: "Por lo tanto, haré todo esto para poder cumplirlo".

En algunos casos, el primer punto se hace innecesario o sumamente simple. Tomamos una vez más un razonamiento de José E. Rodó. Después de definir qué es la vocación —lo que ya hemos transcrito—, menciona tres posibilidades de este tipo.

La primera es cuando la vocación *se manifiesta en época sumamente temprana de la vida*. Es como para los pájaros, dice, el sentido de orientación. "Sin conocimiento de la realidad, sin experiencia de sus fuerzas, sin comparación entre los partidos posibles, el alma ve abrirse ante sí el horizonte de la vida."

Todos conocemos posiblemente personas que siempre supieron qué querían, que parecía que tenían esa orientación desde la cuna.

No se puede discutir que eso ocurre. Sin embargo, es necesario tener cuidado, pues puede tratarse de un espejismo, fruto del ambiente familiar, de algunos elementos inconscientes que luego variarán al madurar o sencillamente a desconocimiento de otros caminos.

En segundo lugar, se dan los casos de un *descubrimiento súbito*, como si se repitiera la experiencia de los apóstoles que oyeron decir a Cristo: "¡Sígueme!" y "dejándolo todo, le siguieron". No es demasiada herejía imaginar que es posible que ya hubieran conocido a Jesús, le hubieran escuchado y hubieran reflexionado antes en esa posibilidad; por lo menos, algo así ocurrió con Pedro y quizá Juan, que habían sido seguidores de Juan el Bautista.

Se dan finalmente casos, que tal vez combinen como los anteriores, cuando la vocación es *tan absolutamente clara* que no hay necesidad de más análisis y ni siquiera de decisiones. No mucho antes de morir, le preguntaron a Jorge Luis Borges cómo se llega a ser poeta. El contestó que la cuestión estaba mal planteada, "porque la poesía simplemente sucede". Lo único que debemos tener en cuenta es que no se trate de un capricho o un espejismo, sino de una real vocación.

En ese sentido, es natural que se la compare con el enamoramiento. A veces es temprano, como en esas parejas que "siempre se quisieron", que "fueron novios desde niños". A veces es repentino, "a primera vista". Y con frecuencia es evidentemente indiscutible. Pero, siempre citando a Rodó, "suele ser la vocación tardía y melindrosa en declarar su amor, aun cuando luego prueba, con su constancia, cuán verdadero era".

La Necesidad de una Decisión

Salvo esos casos, que están lejos de ser los más frecuentes, se presenta como un gigante atemorizador la *necesidad de una decisión*. No hay necesidad de ser un Nietzsche, que quiera ser un superhombre, pero siempre habrá la exigencia de poner en acción nuestra capacidad volitiva. Así es el ser humano. A una oveja no le queda opción alguna fuera de pertenecer al rebaño, ni un pez la de formar parte del cardumen, pero un joven no es ni pez ni oveja. Ni tampoco caballo o perro, que para el caso es lo mismo.

Si bien, pueden existir las presiones que mencionamos antes, es inevitable el ejercicio de la propia voluntad. Aunque a veces sea difícil, en definitiva soy yo y sólo yo quien dará los pasos para radicarme en un lugar, inscribirme en una carrera, etc. Lamentablemente hay espíritus timoratos que se satisfacen cuando otros toman las decisiones por ellos.

La elección es un paso duro. En un artículo de revista, leemos que "la elección será hecha siempre en soledad", que será fruto de noches de insomnio. Es normal que muchos adolescentes y jóvenes pasen sin notarlo horas y horas soñando e imaginando, tal vez analizando poco, pero de todos modos madurando para una vida que sólo entonces comienza a aparecer. Cuando se elige, siempre se gana.

Es necesario comprender que esa decisión, cuya necesidad hemos subrayado, no ha de ser tomada a ciegas. Es demasiado lo que está en juego, como para dejarlo al azar en alguna medida. Sin embargo, se debe admitir que el factor del

azar nunca dejará de estar presente. Por muchas precauciones que se tomen, la vida nos enfrentará con circunstancias de nuestra propia existencia, así como de los distintos aspectos del mundo en que se ejercerá la vocación. Que pueden exigir eso sí, un cambio o adaptación ya sea voluntaria o involuntariamente. Por eso, es necesario que entre las precauciones que se tomen, se incluya la de la necesaria flexibilidad.

Es necesario reconocer que elegir una vocación es un paso muy duro. Eso sí, cuando se elige sabiamente, siempre se sale ganando. Pero no hay que andar a ciegas. Es mejor estar en paz con nuestra conciencia y sobre todo con Dios.

A veces ocurre que una persona joven se siente atraída por algo demasiado concreto y específico. No quiere ser floricultor sino creador de nuevas variantes de crisantemos japoneses. O no quiere ser técnico ni siquiera ingeniero, sino constructor de puentes colgantes en las montañas. Hay ciertas ventajas en tener metas específicas; ello habla bien de una decisión generalmente fundamentada, aunque puede ser un capricho o una utopía. Será necesario en lo posible tener ambas cosas: algo muy concreto hacia lo cual se tiene especial afición y un marco general dentro de lo cual eso concreto puede aplicarse. Nos gusta trabajar con la madera y lo mejor que nos podría pasar —a nuestro juicio— es fabricar muebles estilo Chippendale. Pero ocurre que ese estilo ha pasado de moda, o se hace necesario un capital que no está a nuestra disposición, o se muere de un infarto la única persona del país que puede capacitarnos en tal oficio. Se presentan dos caminos: morir de hambre o buscar algo afín, que no sea demasiado frustrante y que quizá permita seguir en el campo hasta que haya mejor oportunidad. Por supuesto, existe la tercera: olvidar los muebles para siempre y conseguir un puesto de cajero en una empresa o de verdulero en un mercado.

Todo comienzo tiene sus dificultades y no es sino eso: un comienzo.

En la juventud podemos escribir todo un libro sobre "lo que me gustaría llegar a ser", pero sólo en la ancianidad podemos contar "lo que he sido".

Elementos para Llegar a una Decisión

¿Qué elementos deben ser tomados en cuenta para llegar a una decisión lo más sabia posible?

Analisis

Tiene que ver con el analisis de nuestras motivaciones y posibilidades. Aquí tenemos dos preguntas que no se pueden separar ni dejar de contestar: "¿Qué quiero hacer o llegar a ser?" y "¿Qué perspectiva hay de que realmente eso sea factible?"

Búsqueda

Ese análisis debe ser en el marco de la búsqueda de una integración íntima. O sea, no sólo qué quiero y qué puedo, sino qué clase de persona soy para poder seguir hacia adelante. Lo que nos preguntamos y respondemos, nos ayudará a asegurarnos de que eso que sentimos es una sensación de seguridad y autosatisfacción. Que nos motiva a vivir haciendo exactamente lo que tenemos que hacer, en paz con Dios y con nuestra conciencia.

En relación con lo que decíamos antes, una persona sensata es aquella que sabe combinar el placer con el deber... de modo de sentir siempre placer. Si no podemos seguir en todo nuestra vocación, porque hay compromisos de orden superior o ineludibles, como sostener a nuestros padres ancianos, participar en un esfuerzo de reconstrucción, etc., igualmente sentiremos que estamos haciendo lo que nos ha correspondido hacer.

Cuando planificamos nuestra vida (la forma de hacer concreta nuestra vocación), se nos van dando indicaciones o señales; éstas deben ir convergiendo de manera de formar algo armónico entre sí y con nuestra personalidad más profunda. Esos indicadores surgen tanto del medio exterior como de las voces interiores de nuestra conciencia. Si el choque es demasiado abrupto, debemos tratar de combinarlos o atrevernos a desecharlos. Por lo general, se van puliendo, suavizando y entrelazando hasta que al menos en un sentido general se van perfilando como verdaderos.

Por lo común, cada uno sabe cómo es en aquellas cosas que afectan una vocación. Es lo que hemos llamado inclinaciones: a algunos les atraerá lo administrativo, mientras que a otros les apelaré lo activo.

Hay cosas que suelen demostrarse desde la primera infancia. Por ejemplo, lo que los psicólogos llaman personas introvertidas y extrovertidas. ¿Soy una persona encerrada en mí misma, que siento placer en estar solo o en tomar a solas mis decisiones? O por lo contrario, ¿necesito estar rodeado de gente, de bullicio y compartir todo o casi todo lo que hago? ¿Me siento mejor trabajando independientemente o bajo otros o en sociedad?

Medios

Otros elementos para ayudarse a tomar una determinación son los que se encuentran en el mundo y la sociedad que nos rodea. No nos basta con los impulsos y la orientación que nos da nuestro corazón, ya que la vocación será algo que se ejercerá en una ocupación que comparte con otros este universo que Dios creó.

En primer lugar, es necesaria la *información*. Antes que nada, se trata de no pretender entrar en un camino que no se sabe exactamente qué es. Hace poco, una

dama me dijo que en su juventud había soñado con ser astrónoma, lo que era ciertamente raro en alguien de su sexo años atrás. La idea le surgió luego de algunas visitas a un observatorio. Pero mi reacción fue de sorpresa, como le dije, pues evidentemente no ha tenido aptitudes ni gusto por las matemáticas, que son indispensables en esa disciplina. Si este requisito siempre tuvo vigencia, cada vez es más imprescindible. "La información es el antídoto del error" se ha dicho.

La cantidad de ramas a las que uno puede dedicarse es cada vez mayor. Posiblemente el mundo cultural salga perdiendo con la especialización que es el criterio dominante en la actualidad. Pero eso mismo, exige que se conozca más a fondo la suma enorme de posibilidades que se ofrecen a quien quiera entrar por el camino de los estudios.

Hoy un joven no puede decir simplemente que quiere dedicarse a la medicina, porque tendrá que optar por una especialidad, así como también deberá comprender que hay muchas otras carreras paralelas que quizá estén más al alcance de sus posibilidades en tiempo y recursos.

Las universidades suelen tener publicaciones u oficinas de información y orientación que presentan el panorama de los distintos caminos que se pueden seguir. Tampoco basta con alguno de esos elementos, ya que quizá la respuesta esté en otro lado. Por ejemplo, hay ciudades donde los establecimientos educativos son varios y hasta quizá muchos. Recorrerlos todos puede causar cansancio y ser frustrante, pero quizá produzca alguna recompensa.

La información no sólo abarca qué es lo que se puede emprender, sino también qué es lo que se puede esperar cuando la preparación haya terminado.

Una forma especial de información es el *asesoramiento*. La única diferencia que establecemos entre este punto y el anterior es que aquí pensamos en algo que se logra con el contacto humano cara a cara. "En la multitud de consejeros hay sabiduría" dice Salomón. Colocándose en la posición de un padre veterano, en el libro de los Proverbios reitera: "Oye, hijo mío" y comienza diciendo que su propósito es "comunicar sabiduría e instrucción, ayudar a comprender palabras llenas de sentido, adquirir instrucción, prudencia, rectitud y equilibrio; hacer sagaces a los jóvenes inexpertos, y darles conocimiento y reflexión" (Pr. 1:2-4, V.P.).

Hay por lo menos dos tipos de personas con quienes se pueden compartir las inquietudes, de modo que nos ayuden a definir nuestra vocación. Los primeros son aquellos que nos conocen más o menos a fondo y que saben cómo somos.

Por lo común, a un joven le es difícil admitir que hay quienes saben más sobre él que él mismo. Sin embargo, eso puede ocurrir, ya que nadie tiene absoluta objetividad para juzgarse a sí mismo. Al mismo tiempo, también es cierto que

muchos de los que nos rodean pueden tener una opinión presionada por las circunstancias de nuestra relación con ellos. En ciertos casos, muy frecuentes, el juicio será excesivamente severo. Algunos padres miden la capacidad de sistematización de sus hijos por la forma en que dejan su ropa ordenada o no; una madre hastiada de recoger las mismas zapatillas todos los días quizá llegue a pensar que su hijo jamás sabrá poner las cosas en su lugar... ni siquiera a sí mismo. Pero también suele ocurrir el otro extremo. Hay padres, ya que de ellos hablamos, que al ver progresar a sus hijos, al obtener resultados que ellos no lograron, tal vez simplemente por la diferencia de situación social, se tornan incapaces de ver sus limitaciones. Les parece que no hay nada que no puedan lograr y que bastará con un poco de empeño para que triunfen.

Por supuesto, los padres son las primeras personas que debemos considerar, aunque más no sea que porque con seguridad ellos siempre querrán nuestro bien. Podrán equivocarse en sus consejos, pero no en sus intenciones. Nos conocen de una manera directa e íntima como no podrá conocerlos nadie, al menos hasta que nos casemos.

Cuando ya se han pasado algunas etapas, se sabe cómo las cosas se ven diferente. Ningún adolescente puede comprender cómo se viven las circunstancias de una persona que tiene que afrontar los problemas de los hijos, a quienes les suele parecer que sus padres exageran. Es posible también que la experiencia signifique haber probado el mismo camino y estar en condiciones de prever lo que puede ocurrir. No debe olvidarse que no se trata exclusivamente de los padres, ya que bien pueden ser otros familiares, amigos maduros, maestros, pastores, etc.

Se puede agregar como un recurso más de asesoramiento el de los *servicios especializados*. Hay entidades públicas o privadas en muchas partes que realizan *tests* vocacionales o algún otro tipo de evaluación sobre las aptitudes de quienes recurren a ellos. Las conclusiones que aportan no son definitivas, como para tomarlas el pie de la letra y nunca son demasiado específicas, lo que es bueno. Pero eso no significa que se los debe descartar, ya que suelen ser hechos por gente muy capacitada o con métodos muy probados. Poco a poco, las grandes empresas recurren a esos servicios para seleccionar su personal. En algunas partes, se los ha incluido en las actividades curriculares de escuelas, colegios y universidades, lo que demuestra la creciente importancia que se les da. Tal vez sería de desear que, como importante elemento de juicio, recurran a ello todos los que están en condiciones de hacerlo.

Todo ha sido expuesto con cierto grado de prudencia. Repitamos que la opinión ajena es muy importante y siempre tiene elementos de verdad. No obstante, todos y cada uno deben afanarse por estar seguros de que la decisión es propia y personal. Los aportes de los demás han de recibirse con gratitud, pero simplemente como aportes a lo esencial, que es la decisión personal. Ha de considerárselos como una bendición, pero para combinarlos con los demás elementos que ya están o evolucionan en nuestro corazón.

Reconocimiento

Tiene relación con lo que podríamos denominar el reconocimiento social o ajeno. Tal vez esto se pueda aplicar cuando se están dando los primeros pasos, aún

a tiempo de cambiar o adaptar. Se aplica también particularmente para ciertos puestos, sobre todo cuando implican una selección o la autoridad sobre otros.

Un caso es el de los gobernantes. La joven Ester se encontró, según el relato bíblico, con que había sido escogida para esposa del rey, sin imaginar que en ese papel le tocaría demostrar sus condiciones para influir en las decisiones de un monarca absoluto. *"Pero para entonces"*, nos dice la historia, *"Ester se había ganado ya la simpatía de todos los que la trataban"* (Ester 2:15, V.P.).

David es otro personaje de la historia hebrea que demostró tener condiciones de líder y estadista. De pastor de ovejas, llegó a ser el rey y conductor que ganó un alto puesto para su país. La Biblia no deja lugar a dudas de que fue elegido por Dios: *"Yo te tomé del redil, de detrás de las ovejas, para que fueses príncipe sobre mi pueblo sobre Israel; y he estado contigo en todo cuanto has andado, y delante de ti he destruido a todos tus enemigos, y te he dado nombre grande, como el nombre de los grandes que hay en la tierra"* (2 Samuel 7:8, 9). Notemos que Dios mismo se cuidó de que un ungido fuera aceptable a los demás. El mismo libro nos cuenta cómo, cuando los acontecimientos lo permitieron, los líderes del pueblo, llamados "ancianos", fueron a ver al joven campeón y reconocieron su trayectoria y sus condiciones *"y el rey David hizo pacto con ellos"* (2 Samuel 5:3).

En carreras como la política, esto es más que evidente. Pero se aplica en muchos otros casos, ya que con frecuencia nuestros puestos surgen de algún tipo de selección, cuando no de una confrontación. Muchos empleos se logran ganando la voluntad de una persona o teniendo condiciones que se hagan patentes. Si bien eso ocurre necesariamente cuando se ocupa una posición de liderazgo, se da también en los lugares que consideraríamos más humildes, pues hay muy pocas cosas para las que no se requiera alguna aptitud.

Será muy difícil "navegar contra la corriente", porque generalmente la "corriente" la hemos provocado en parte nosotros mismos con nuestra forma de ser. Tampoco será fácil captar esa reacción, que a veces es muy contenida, pero si llegamos a sentirla, sea en favor o en contra, debemos tenerla muy en cuenta.

Aprobación Divina

Finalmente, nos corresponde mencionar la aprobación divina. Cuando en nuestro corazón está sonando la campana que nos llama a una determinada vocación, ¿podemos decir que es la voluntad de Dios? Es inspiradora la declaración de confianza que encontramos en el Salmo 138:8, donde David dice: *"Jehová cumplirá su propósito en mí"*. O sea que el Señor tiene un propósito para mi vida, una acción que él realiza en mi interior como para que yo la concrete en mi propia acción. Por eso, hemos de tener en cuenta la exhortación que nos hace el mismo autor bíblico: *"Encomienda a Jehová tu camino, y confía en él; y él hará... Guarda silencio ante Jehová, y espera en él"* (Salmo 37:5, 7).

Cualquier cristiano sabe que en todo se debe buscar la voluntad de Dios. Si estamos hablando de decisiones fundamentales de la vida, en este tema no puede ser de otra manera. Para ello, hay que cultivar una relación estrecha con el Señor, de modo que podamos distinguir entre su voz, la nuestra, la ajena y la diabólica. Hay que aprender a tener la mente abierta como para no dictar la respuesta a Dios. No debemos ser como aquel joven de la historia que oraba: "Señor,

muéstrame con quién debo casarme, pero que sea Margarita." También podríamos orar: "Dime qué carrera (u oficio, o puesto) debo seguir, pero tú sabes que yo quiero ser ingeniero hidráulico." Posiblemente ese caballero esté seguro de que Dios le "dirá" que sea ingeniero hidráulico. Pero así no se debe orar.

En esto, la voz divina se oye por los caminos habituales, aunque también en las formas más insospechadas. El Señor puede decirnos algo con la lectura de la Biblia, quizá no mostrándonos carreras que ni siquiera existían en los tiempos en que fue escrita, pero sí nuestras inclinaciones ocultas y aun nuestras aptitudes. Lo mismo puede ocurrir con el ministerio de la iglesia, donde un mensaje puede mostrarnos la necesidad que el mundo tiene de tal o cual ministerio o servicio y no necesariamente del campo religioso; tal vez un ejemplo del oficio de algún personaje bíblico como Simón, el curtidor; Mateo, el cobrador de impuestos; Lidia, la vendedora de telas finas; sea lo que abra los oídos espirituales de un joven.

Así mismo, encontramos en los círculos cristianos muchas personas sabias, experimentadas y de indiscutible honestidad, que pueden ser ejemplo y motivación.

Pero sin duda la oración es el método más adecuado. La conversación honesta con Dios aporta respuestas e indicios. Si la vocación ha de ser una decisión personal, somos nosotros personalmente quienes debemos compartir con él esas inquietudes. La soledad en compañía de Dios es el mejor ámbito para la decisión superior.

El secreto está en saber admitir que hay en él una sabiduría que trasciende la nuestra. Es muy posible que inesperadamente algún plan pierda interés o atractivo. Puede ocurrir que nos demos cuenta de impedimentos o futuras dificultades que no captaríamos por nosotros mismos.

De esa manera, nuestras motivaciones caerán bajo una luz especial. De inmediato, descartaremos algunos caminos por no ser la voluntad de Dios. Lo que roza lo ilegal, lo destructivo o lo negativo para nosotros, la sociedad o el reino de Dios (en la iglesia o las misiones) no puede ser su voluntad. Esto es evidente.

Pero también podremos comprender si una motivación a la que damos mucha importancia no es sino un capricho o un espejismo. También comprendemos si se adecua o no a nuestra personalidad (la que Dios nos dio) a nuestras perspectivas. Quizá nada de eso pueda descubrirse sin exponerse al consejo de la mente del Creador.

A veces Dios hablará en forma muy fuerte y podremos decir con Samuel: "*Habla, porque tu siervo oye*". (1 Samuel 3:10) A veces su voz será sólo el silbo apacible y delicado que envolvió a Elías. De todos modos, sabemos que Dios no calla. El puede llamarnos al ministerio, pero no si no ha tenido ese propósito para nosotros. Si su propósito ha sido que ocupemos el puesto de veterinario, de distribuidor de comestibles, o de administrador de una hacienda, él también nos lo mostrará abriendo las puertas de la oportunidad a la vez que la comprensión de nuestra mente y corazón.

¡Adelante! Paso a Paso

Si hemos decidido ya cuál es nuestra vocación, si hemos ocupado la posición

que nos permita ejercerla o si hemos comenzado nuestra capacitación, así como reconocido los obstáculos que pueden presentarse, comprenderemos que sólo hemos dado el primer paso. No está todo resuelto; quedan aún etapas que cumplir, vallas que sobrepasar e inclusive decisiones que tomar. La tranquilidad que se siente cuando se ha logrado una definición es sólo un respiro, una ubicación en un plano seguro y un atalaya desde donde mirar hacia adelante. La vocación se identifica con la vida y la vida, bien lo sabemos tiene muchos altibajos, sorpresas y pequeños logros y dificultades. Ni siquiera una personalidad superior nos libra de esa situación. El escritor y naturalista francés Buffon decía que "el genio es sólo una larga paciencia".

Por lo tanto, la definición debe ir acompañada de una serie de decisiones menores y paralelas, algunas de las cuales deben ser iniciales y otras deben ir acompañándonos en todo el camino.

¿Cuáles son las principales que debemos asumir al comenzar el camino? Dejamos de lado las que se refieren a aspectos formales. Puede ser necesario trasladarse a otro lugar, elegir un nuevo domicilio, hacer algunos trámites, prever algunos fondos o determinar cuál, es el mejor de varios lugares para la preparación. Pueden ser opciones muy duras, ya que exigirán un cambio en las condiciones de vida que nos resultarán costosas, como dejar la familia por ejemplo. Es más fácil decir que experimentar lo que significa entrar a una nueva etapa de vida, con todo lo que eso implica, y hacerlo en condiciones que nos son desconocidas.

Firme Voluntad

Suele acabar mal el que entra en una carrera u oficio "para probar". La decisión debe ser un comienzo para seguir, salvo que alguna poderosa circunstancia indique lo contrario. Una prueba, hecha en condiciones dificultosas, tiene pocas probabilidades de éxito. El ejercicio de la voluntad comienza, por supuesto, en la decisión íntima de enfrentar cualquier obstáculo, sobre la base de un convencimiento íntimo.

Ese ejercicio de la voluntad es lo que nos hace prever de antemano que habrá que luchar con situaciones no siempre favorables. Cuando un adolescente pasa de la escuela primaria a la secundaria y luego a la universidad, o de la escuela a un taller o empleo, sufre un fuerte *shock* psicológico. De repente, se encuentra librado a sus fuerzas en un grado que no conocía antes. Luego del paternalismo conductor, más o menos fuerte, de la etapa anterior, se ve librado a su propio empuje y disciplina. Generalmente no se le ha enseñado a cultivarla y allí empiezan los problemas. Si, por ejemplo, la maestra le exigía un pequeño esfuerzo diario, ahora tendrá que ir estudiando sin dejarse estar, pensando en los exámenes finales al cabo de unos meses.

Si a ese choque natural se agregan otros de cambio de ambiente, formas de vida o relaciones, en buena medida, no hay mucho que hacer, pues la psicología de una persona no cambia súbitamente, por decisión. Pero sí pueden preverse una cantidad de cosas. Pongamos un ejemplo: Un joven debe ir de Arequipa a Lima, o de Monterrey a México, o de Santa Marta a Bogotá. La gran ciudad, por lo general, no le abrirá mucho los brazos; no será su madre sino su madrastra. En vez de

amilanarse desde el comienzo, o de querer llevar todo por delante, conviene tomar precauciones y tener toda la información posible. No se debe ir a una gran ciudad sin tener un lugar donde vivir, sin conocer gente o contar con referencias ciertas; si es creyente, lleve la dirección de una o más iglesias, pero no pretenda que el pastor o quien sea le resuelva todos los problemas, porque se desilusionará al comprender que ya tiene muchas otras personas que atender antes que usted llegue.

Sepa cuáles son las formas sanas en que se puede ocupar el tiempo libre. Infórmese de los medios de comunicación y de los precios, pues hay abusadores en todas partes. Si a un joven que sale incierto del resultado de un examen por la mañana, el taxista o el que le vende una camisa le cobra el doble y sólo después lo descubre, quizá le venga una gran tentación de hacer las maletas. El remedio puede estar en una buena siesta y el atesoramiento de la experiencia para no caer de nuevo. Si le ocurre diez veces seguidas, analice su vocación, o el lugar donde la practica... o su propia personalidad.

Muchas otras dificultades surgen más adelante, pero si creemos que éste es el lugar para considerarlas, es porque no se puede prever que se llegará al fin de la carrera sin tener en cuenta algunos elementos que se presentan casi inevitablemente. No hacerlo es correr el peligro de que el avance inicial pronto se transforme en retroceso y aun detención.

Los frutos suelen recogerse sólo después de un buen tiempo. Lo importante es aprovecharlo y caminar con firme voluntad.

Nunca olvidemos que los frutos suelen recogerse sólo *después de un buen tiempo*. Como no todos pueden disponer de él por las necesidades imperiosas de la vida, así como por los requerimientos de profesiones de apoyo, han surgido en muchas partes cantidad de las llamadas "carreras cortas". Además ese hecho tiene que ver con la saturación en ciertos países de las posibilidades para las profesiones tradicionales.

Eso nos enfrenta con uno de los peligros iniciales: la línea de menor esfuerzo, que ya hemos mencionado. Si coincide con la vocación, bien; si no, es algo que se lamentará toda la vida.

Posibles Obstáculos

Otro elemento que se debe tener en cuenta es prever los posibles obstáculos. En esto también es bueno conocer la opinión de los experimentados... y no dejarnos asustar por algunos de ellos, sino pensar cómo mejorar sus posibles experiencias negativas. Tratamos el tema en el capítulo anterior y será bueno repasar todo ello cuando se llegue al momento definitorio.

Cambios Naturales

También debemos prever los cambios naturales. Esos cambios se producen antes que nada en nuestra propia personalidad. Como la decisión vocacional debe

tomarse en la adolescencia o la juventud, necesitamos comprender que nosotros mismos seremos una persona distinta dentro de dos o cinco años. Tal vez lo que nos entusiasme ahora haya perdido vigencia para entonces. La vieja frase de que "partir es morir un poco" puede adaptarse diciendo que "crecer es morir un poco". Crecer es morir a una pequeña etapa (los quince años, digamos) para nacer a otra (el comienzo de la que va a la mayoría de edad). Así se "nos van muriendo" rasgos de nuestra personalidad, apetencias, ilusiones, rechazos, etc. Sólo Jesucristo es el mismo hoy, ayer y por los siglos. Yo soy distinto de lo que era hace un par de años y de lo que seré en otros dos.

Fijarse Metas

A muchos les ayudará fijarse metas intermedias, de acuerdo con cada profesión u oficio. No es posible dar criterios generales. Pero sí debe cuidarse que las etapas sean realmente tales, o sea que signifiquen el fin de algo y el paso a otro estadio. El corazón debe decir: "Ya sé (o ya puedo hacer) esto", para agregar entonces: "Ahora me corresponde aprender esto otro".

Algo distinto es el tema de los *paréntesis*. En algunas carreras, éstos son obligatorios, por ejemplo cuando debe interrumpirse la capacitación teórica para un tiempo de práctica. Por lo general, son forzosos y no voluntarios. Lo único importante es que se los tome como tales y no como un punto final y ni siquiera como punto seguido. Después del paréntesis de apertura es inevitable que venga el de cierre. Tal vez deba ser lo antes posible. Debemos tener ese propósito.

Es poco frecuente el caso de los jóvenes que pueden comenzar una carrera y no tienen nunca la necesidad de una interrupción. Si bien eso debiera ser algo que se procure, no hay que asustarse por los paréntesis, siempre que no se prolonguen demasiado. A veces hay necesidades imperiosas que se deben atender; nadie puede sentir que es una desgracia tener que operarse una apendicitis —o acompañar a la madre que se opera— el mismo día de un examen. Naturalmente, el apéndice (o lo que fuera) debe ser realmente una interrupción y no una excusa. Debe tener la seriedad suficiente como para ser más importante que el cumplimiento de una vocación. Para citar un caso extremo, recuerdo a un joven del tiempo de mis padres que siempre estaba estudiando algo. En cierta época, se había propuesto aprender griego y se había fijado una severa rutina de ciertas horas diarias. A tal extremo llegó su "decisión", que se encerró en su pieza con su gramática mientras estaban velando a su esposa.

La Voluntad de Persistir

A veces es más difícil comenzar el segundo año que el primero o el quinto que el cuarto, porque el impulso inicial y los sueños de esa hora se van transformando en rutina, elementos superfluos, frustraciones e injusticias.

El apóstol Pablo admitía: "*No digo que yo mismo lo haya alcanzado; lo que sí hago es olvidarme de lo que queda atrás y esforzarme por alcanzar lo que está delante, para llegar a la meta y ganar el premio que Dios nos llama a recibir por medio de Cristo Jesús*" (Filipenses 3:13, 14 V.P.). Parecería que el lema del gran hombre de Dios era siempre: "Más allá". Primero, recorrer Asia Menor; luego, pasar a Grecia; después, alcanzar Roma y finalmente, llegar a España, lo que no sabemos si logró.

Mi profesor de latín, en el primer día de clase, escribió en la pizarra: *Nulla dies sine linea* (Ni un día sin una línea). Mostraba su propósito de darnos tareas cotidianamente, pero también nos indicaba que un idioma no se aprende sin continua práctica. En mayor o menor grado, eso es verdad en cualquier orden.

La persistencia se demuestra, pues, no sólo manteniendo en vista la meta final, sino también cumpliendo las etapas intermedias y en la disciplina del pequeño o gran esfuerzo que requiere cada pequeño espacio de tiempo: semana, día, hora.

Análisis Continuos

Si hemos escogido el género y no la especie de nuestra vocación, nuestra inclinación aproximada y no el lugar o la forma de aplicarla, poco a poco debemos ir determinándolo. En un cuidadoso "Esto sí, esto no", vamos eliminando y precisando el campo, a medida que se nos van dando los elementos para ello. A veces eso sólo puede ocurrir al final, pero la decisión a esa hora siempre se construirá con lo que se ha ido descartando y gozando en el camino.

También debemos ir sopesando el camino mismo. ¿Cómo me ha ido en esta etapa cumplida? ¿Por qué he tenido tal o cual dificultad y cómo puedo evitar que se repitan los errores y trabas? Tal vez baste continuar el mismo oficio en otro taller o dedicarnos al estudio en la biblioteca y no en casa, acompañado y no solo.

Ciertamente el análisis no debe ser obsesivo. La comparación con los logros ajenos puede ser útil pero no es definitiva, porque yo soy yo y el otro es el otro (sin que jamás pueda saberlo todo sobre él). El impulso a seguir debe ser más fuerte que el cuidado por analizar. Cuando nos va mal en algo, hay que poner más énfasis en la persistencia que en rebuscar causas y motivos.

Ese tema del análisis tiene que ver también con la *atención sobre lo básico y lo accesorio, sobre lo nuclear y lo secundario*.

Eso puede entenderse de varias maneras, que se complementan, aunque parecerían contradecirse. El exceso de especialización tiene riesgos difíciles de sortear. Con un poco de humor, diremos que vamos camino a que haya cocineros de pollo y cocineros de carne vacuna, horticultores de tomates y de cebollas, médicos de pacientes de quince años y de dieciséis. Cada uno de ellos debe conocer en líneas generales los secretos de la cocina, de la huerta y de la salud.

Sin embargo, diremos que lo secundario o accesorio tampoco debe ser dejado de lado. Conviene que el que siente vocación por el campo, centre sus esfuerzos, por ejemplo, en el cultivo de hortalizas, pero a la vez debe conocer un poco sobre flores, sobre ganado y quizá sobre apicultura. Un dentista será campeón en lo que trate de dientes, muelas y encías, pero llegará la hora en que podrá evitarse un gran disgusto si sabe algo sobre el estómago (donde inciden los

calmantes que receta) o psicología (que puede usar en ciertos tratamientos). Eso también permite ir siendo específico.

Asimismo conviene repetir algo que ya dijimos en otro marco: No se encierre nadie en un solo campo. El intelectual aprenda a cuidar su jardín. El artista lea libros de genética. El bioquímico interese por la política. Esto no sólo es necesario para vivir dentro del mundo actual, sino también para ser plenamente lo que uno es. Tener un *hobby* —que naturalmente no desplace la vocación— aliviará tensiones, valorizará el tiempo libre y ampliará el círculo de relaciones. Todas las facetas de la personalidad serán utilizadas, pues si bien muchos tienen una definida inclinación, que puede ser honradamente considerada vocación, eso no implica que no tenga otras aptitudes y condiciones que reclamarán su lugar. Quizá no podamos o querramos ser tan rígidos como otros pueblos (europeos o americanos del Norte) o tan elásticos como muchos africanos, porque eso no va con el alma latinoamericana que busca un término medio. Pero será bueno estudiar o al menos practicar un instrumento, dejando los libros, así como será útil para otros tomar los libros, dejando la pala o el pincel.

En resumen, una carrera es eso: una carrera. El que oye el tiro de largada sabe que allá lejos hay una meta y sabe que en medio hay un camino y quizá obstáculos. Un secreto es cómo se sale. El otro cómo se sigue corriendo.

AUNQUE HAYA BARRERAS Y FRACASO: HACIA EL EXITO

- Hay Que Vencer las Barreras
- Fracaso: La Palabra Terrible
- Hacia el Exito

Son muy pocos —en realidad casi ninguno— los casos en que alguien toma una decisión definida sobre su vocación y luego no se le presentan obstáculos, que a veces parecen barreras infranqueables. Cuando hablamos de las motivaciones o de la necesidad de una determinación, fuimos mencionando algunas, por lo que ahora simplemente haremos un repaso desde ese enfoque.

De hecho, es natural que así ocurra. El ser humano es limitado. Si queremos hacer algo tan simple como cruzar una calle o un camino, tenemos que tomar una serie de precauciones; si se trata de una avenida de tránsito intenso, quizá nos veamos tentados a desistir porque aun la vida estará en peligro. Cuánto más habrá de esperarse que ello ocurra cuando se relaciona con todo nuestro futuro. Dice un viejo adagio que "lo que cuesta, vale". Si hay un precio que pagar, puede ser muy bien que se debe a que estamos detrás de algo a lo que damos un valor no despreciable.

Podríamos invertir los términos de la frase, diciendo que lo que vale más, cuesta más. Aun teniendo en cuenta las diferencias íntimas y de situación entre las personas, puede considerarse una regla que las metas más altas exigen un esfuerzo más serio.

No ejercemos nuestra vocación en un vacío. Todos dependemos de los demás para concretarla y transformarla en una ocupación. Para bien o para mal, no podemos pasar por alto nuestras necesidades y responsabilidades.

¿Hay alguna vocación que no exija de los recursos de la sociedad? No nos es posible imaginarla. Alguno apuntará que un poeta sólo precisa de su inspiración. Podríamos ironizar agregando que también necesita de papel y lápiz que alguien debe fabricar. Pero aunque se trate de Rubén Darío, de Antonio Machado o de Eliseos Elytis, necesitan de muchas otras cosas. Si quiere compartir el mensaje de su arte, no puede pasarse sin un editor o al menos un impresor al que tiene que pagarle. De hecho, muchos poetas se satisfacen cuando ven sus versos en letras de molde. . . sin pensar que muy pocos librerías aceptan para la venta las páginas de un desconocido; naturalmente hay otros caminos que no podemos explicar. Además es probable que ningún poeta del mundo obtenga de sus afanes literarios lo suficiente como para poder subsistir, de modo que necesitará recurrir a otros medios; dicho de otra forma, ni aun los espíritus más puros, más alejados de esta realidad concreta y cotidiana, pueden olvidarse que están en medio de la sociedad.

Actuamos en un medio determinado. Hay problemas por vivir en el campo y hay problemas por vivir en la ciudad. Cada vez es más fácil dejar atrás el ámbito inicial, así como también hay más problemas de otro tipo, por ejemplo la tentación de los vicios para el joven campesino en la ciudad o la angustia de la soledad para el joven urbano que debe ir al campo. Pero van aumentando los recursos para aportar soluciones. Quizá todos puedan proveerse de un radio portátil y para la mayoría, en cualquier parte, la televisión seguirá siendo una compañía buena o mala. Los peligros de las grandes urbes (o de las que tienen una cultura diferente) pueden obviarse en buena medida escogiendo amistades que provengan del ámbito que es propio a cada uno; para un joven cristiano, la posibilidad de una iglesia es una ancla salvadora. Años atrás, la situación política prevaeciente en América Latina había hecho que estuvieran cerradas buena parte de las grandes universidades. De tiempo en tiempo, se producen esos avatares, y es necesario admitirlos. Basta un cambio de reglamentación para que una carrera quede trunca aun antes de comenzar.

Hay Que Vencer las Barreras

Pero no siempre es posible echarle la culpa a los demás. Tal vez sea más exacto decir que no hay por qué pensar en culpas, propias o ajenas. Hay personas que viven amargadas, pensando que no han sido lo que quisieron o debieron ser, "por culpa de" un padre dominante, un funcionario incomprensivo o de una dejadez personal en algún momento de decisión. Posiblemente no se trata de una culpa, sino de alguna circunstancia que no tiene un sentido moral determinado. Y aun si así fuera, el pasado nunca dejará de ser pasado, irrepentible y definitivo, y no vale la pena llorar "sobre la leche derramada". Siempre que, por supuesto, no se esté a tiempo de cambiar lo que pueda ser cambiado.

Falta de Información

Es frecuente en nuestro medio que haya muchas fallas a este respecto. Los continuos cambios dificultan un sistema permanente y estable, por lo cual a menudo hay falencias que hacen que pasemos por alto importantes oportunidades.

El pastor y psicólogo Daniel R. Schipani dice: "No se trata de esperar que alguna voz misteriosa indique el rumbo a seguir, sino de una búsqueda activa."

Problemas Económicos

Resulta muy frustrante que no se pueda cumplir con aquello para lo cual uno se siente llamado por no tener dinero o por tener que invertirlo en otra necesidad, como el sostén de la familia. Algunas carreras son costosas en derechos, libros, materiales de trabajo, viajes, etc. Otras sólo pueden cursarse en una ciudad extraña, donde el alojamiento es muy caro. Si se abren puertas para trabajar mientras se estudia, tal vez el empleo quite el tiempo necesario para preparar exámenes, asistir a clases, profundizar lecturas, etc.

El problema existe aun en los países super desarrollados, donde la selección para ciertas carreras de hecho se hace con una discriminación económica, pues estudian no quienes tienen condiciones sino quienes tienen dinero. Hay excepciones en uno y otro extremo. Por lo general, esas instituciones poderosas —como las universidades norteamericanas o europeas— tienen sistemas de becas que ayudan a muchísima gente. Por el otro, a veces éstas van a parar no al mejor dotado sino al presunto campeón de algún deporte.

El factor económico no sólo presiona en el inicio de una preparación sino también al final o al principio si aquella es breve o innecesaria. Estamos pensando en la retribución que necesitamos para cumplir con nuestras obligaciones. Es dolorosamente común que un joven reciba un título de algo o termine su capacitación en un oficio sólo para comprobar que, de dedicarse totalmente a ello, no tendrá lo que necesita y menos aún podrá pensar en formar un hogar.

Nadie debe tener como meta ser parásito. Todos deben soñar con que su trabajo sea la fuente de su sostén. Sigue en pie la afirmación del apóstol Pablo: "Si alguno no quiere trabajar, tampoco coma" (2 Tesalonicenses 3:10).

Por supuesto, el énfasis está en que *no quiera*. Si *no puede* trabajar, los demás tendrán una responsabilidad cristiana hacia él; el caso extremo es el del preso por su fe: los otros deben cuidar de su familia.

Vale la pena mirar el contexto. Pablo está hablando de los que *andan desordenadamente; no trabajando en nada, sino entreteniéndose en lo ajeno.* Luego da dos mandamientos: que éstos *trabajando sosegadamente, coman su propio pan* y a los demás: *"No os canséis de hacer bien"*, aunque deben separarse de los que no aceptan estas indicaciones (2 Tesalonicenses 3:6-15).

Una sociedad bien organizada va más allá de una relación directa entre trabajo productivo y retribución económica. Los que producen deben hacerlo para sí mismos y para los niños, los ancianos, los enfermos y lisiados, los presos, etc. Inclusive sería de desear que, como en otros tiempos, se incluyera allí a los estudiantes.

Los problemas económicos no son una vergüenza ni exclusividad de algunos, aunque sean más agudos en algunos casos. Siguiendo el razonamiento del Apóstol, debemos preguntarnos por nuestra honestidad. Si estamos convencidos de nuestra vocación y de que estamos haciendo un aporte, que es la voluntad de Dios, nada hay de malo en que alguien pague por ello. Si yo creo que lo que yo hago es necesario o útil y que de esa manera invierto los dones y posibilidades que Dios me dio, creo también que él proveerá el dinero no sólo para que mi vocación se concrete, sino como para que yo pueda seguir adelante.

Nuestra Propia Personalidad

Somos como somos, con aptitudes. . . y limitaciones. Algunos tienen condiciones para el arte y otros para la administración; algunos, para el trabajo manual y otros para la enseñanza.

Al que sirve como encuadernador no se le debe pedir que sea un buen jardinero y al que demuestra dones para afinar pianos no hay que ponerlo en la escuela militar.

Pero además en cada campo también hay grados y alcances diversos. Se puede ser ingeniero, pero no necesariamente Edison o Marconi, y no es un pecado no ser Marconi o Edison.

En este sentido, viene bien citar nuevamente a Salomón: Dice en el libro del Eclesiastés: "*Toda lo que te viniere a la mano para hacer, hazlo según tus fuerzas*" (Eclesiastés 9:10). El versículo tiene dos fases, comencemos por la segunda. Las cosas tenemos que hacerlas "según nuestras fuerzas". Esto, a su vez, también presenta un doble aspecto:

En *primer lugar*, debemos poner en nuestra vocación todo nuestro empeño (que es la palabra que usa la Versión Popular). Si sentimos una vocación científica, debemos soñar con hacer un descubrimiento como Koch o Flemming y vencer la tuberculosis o dar al mundo la penicilina. Lo más probable es que ello no ocurra. Pero entonces al menos pensaré en fabricar esas vacunas o lo que sea capaz de hacer.

En *segundo lugar*, si es así, si he puesto todo mi empeño, y no logro ni siquiera participar en esa producción, pero puedo agregar un detalle a la misma o descubrir una nueva técnica de aplicación, si eso es todo lo que puedo alcanzar, debo estar satisfecho. He construido la parte del mundo que me toca. Lo que me debo preguntar es si he puesto o no todas mis fuerzas, mi empeño.

Por el otro lado, el versículo habla de *todo* lo que nos viene a la mano para hacer, lo que quizá trasciende el tema de la vocación, aun cuando es muy raro que Dios sólo ponga una aptitud o inclinación en un individuo. En nuestro mundo actual, son muchas las cosas de las que no se puede desconocer absolutamente todo. Si no se trata de mi ocupación, no pasará nada si ignoro en absoluto lo

relativo a los rayos cósmicos o el cultivo de los cafetales. Pero aun no teniendo inclinaciones técnicas, debo tener nociones para los pequeños arreglos caseros. No seré Cervantes ni García Márquez, pero debo saber redactar una carta. No estudiaré las altas matemáticas, pero tampoco debo contentarme con saber sumar y restar (lo que parece hacerse superfluo con los aparatitos modernos). No seré músico, pero no seré completo si no he desarrollado mi sentido estético en los oídos.

Esto se relaciona con la tendencia actual a una extrema especialización en los estudios, por temor al llamado enciclopedismo. Por supuesto, un mínimo de cultura general es necesario, pero además eso nos ayuda a orientar nuestra vida dentro de nuestras variadas posibilidades. El gran músico Franz Liszt decía que era "una personalidad trifurcada" por sus intereses variados.

Nuestra Vida Interior

Otros impedimentos son más difíciles de superar. Son los que tienen que ver con nuestra vida interior. Se podrían mencionar los que provienen de prejuicios, como los que vedaban tareas a las mujeres y en los que, en consecuencia, una mujer se sentiría incómoda. No debe ser fácil para un ciudadano de la India vender carne vacuna, para buscar un ejemplo lejano, pues los nuestros son más sutiles.

Pero en nuestro interior hay barreras que pone nuestro propio yo. Nuestras capacidades necesariamente son limitadas por nuestra misma condición humana. Sabemos hacer algo sólo hasta cierto punto. Hay muy pocos genios en el mundo y no sobran las personas con real talento. La mayoría somos personas término medio y muchos quizá estemos por debajo de eso. El ambiente y la educación también influyen. Dice el libro de los Proverbios: "En el barbecho de los pobres hay mucho pan; Mas se pierde por falta de juicio" (13:23).

Las modernas técnicas de enseñanza hacen maravillas en cuanto al desarrollo de las capacidades de aprendizaje, pero aun así, siempre hay un límite que para algunos está más bajo, quizá mucho más bajo que para otros. Así como algunos hemos nacido de raza blanca, de cultura occidental, de sexo masculino y de determinada estatura y nada hermosos físicamente, también hemos nacido con distintas aptitudes en cuanto a la variedad y en cuanto a la profundidad. Hay una relación entre esto y el cociente intelectual, pero no siempre es absolutamente igual; sin embargo, esa noción puede tomarse como indicación.

No es frecuente que alguien desee ardientemente hacer cosas que estén mucho más allá de su capacidad mental, o totalmente fuera de sus aptitudes. Ya vimos la vinculación entre éstas y las inclinaciones.

Se ha dejado de exaltar los factores internos de la personalidad a costa de los físicos. Quizá, por lo contrario, lo que se relaciona con el cuerpo, hoy está siendo glorificado. Pero eso nos ayuda a comprender que, así como no es una vergüenza medir sólo 0.90 centímetros de estatura, o tener la cara pecosa o una visión muy disminuida, tampoco lo es carecer de condiciones para una serie de cosas y ni siquiera tener poca para todas. Si podemos hacer algo y lo hacemos lo mejor que podamos, aunque sea algo pequeño, nuestra vocación se habrá cumplido.

El apóstol Pablo se veía ínfimo ante la enorme tarea que tenía por delante: predicar un mensaje eterno, que significa la vida o la muerte, y sin más límites que el horizonte. Por eso, exclamaba: "*Y para estas cosas, ¿quién es suficiente?*" o

como traduce la Versión Popular "está capacitado" o la Biblia de Jerusalén, "es capaz" (2 Corintios 2:16).

Más adelante, en la misma carta, después de señalar un gran privilegio que Dios le ha dado, reconoce que tiene "un agujón en la carne". No sabemos qué era, aunque han habido muchas interpretaciones. Nos bastará pensar que era algo que le limitaba en el cumplimiento de su vocación. Rogó tres veces a Dios que eso desapareciera. Pero la respuesta divina fue: "Bástate mi gracia". La Versión Popular nos dice: "Mi amor es todo lo que necesitas; pues mi poder se muestra mejor en los débiles". Su conclusión es: "Por lo cual, por amor a Cristo me gozo en las debilidades, en afrentas, en necesidades, en persecuciones, en angustias; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte" (2 Corintios 12:7-10).

¿Qué Dios nos ha hecho con ciertas limitaciones o nos ha colocado en un medio con dificultades y quizá hostil? Pero ¿no nos ayuda eso a recordar más la necesidad de su amor y su poder? Por eso, considerando esas limitaciones es que damos gloria a Dios no sólo de labios, sino con las acciones que concretan la vocación que él nos dio.

Fracaso: La Palabra Terrible

Todo lo dicho hasta ahora enfrenta un fantasma. Ese fantasma tiene un nombre: Se llama "fracaso". Tan es así que la Real Academia define "fracaso" diciendo: "Errar uno la vocación. Dedicarse a cosa para la cual no se tiene disposición o mostrar tenerla para otra en que no se ejercita." El Diccionario Enciclopédico Hispanoamericano nos dice casi lo mismo: "Errar uno la vocación. Dedicarse a cosa para la cual no se tiene disposición."

Ya se nos indica en esas fuentes un doble enfoque del fracaso en relación con nuestro tema. En primer lugar, se trata de haberse equivocado al tomar una decisión ("errar"). En segundo lugar, ya corrido el tiempo, resulta de comprender que el camino en que se anda no es el correcto. De hecho, ambas ideas se complementan en un mal enfoque inicial del camino.

Pero posiblemente no sea eso lo que tengamos en mente. "Fracaso" se nos ocurre lo contrario de "éxito" o de "triunfo". Cuando hemos elegido bien y todo así nos lo indica, cuando hemos tomado todas las precauciones humanamente posibles, cuando nos hemos esforzado con paciencia y tesón y sin embargo no vemos los resultados ansiados, entonces declaramos: "Esto es un fracaso".

Si el problema radica en que hemos tomado una mala decisión, la solución puede ser simple o imposible. Si ha corrido un tiempo debidamente breve y si las circunstancias de la vida nos lo permiten, lo único que cabe es cambiar de rumbo.

Surge entonces una pregunta acuciante, ¿qué es el éxito? ¿quién lo determina? En cierta forma, podemos simplificar la respuesta diciendo que se relaciona con nuestras motivaciones. Yo *considero* que he fracasado si soy pobre y mi móvil fue el dinero; si soy un desconocido y quise ser famoso; si pensé en ser útil a la sociedad y ésta no me da oportunidad; si decidí servir a Dios y no veo los frutos. Evidentemente, lo que es fracaso para unos no lo será para otros. Hay quienes, sin tener un céntimo, se sienten triunfadores, porque se han visto mencionados en el diario, dejan un buen nombre a sus hijos, han llegado a un buen lugar en el concurso de tomates de la zona o han obtenido un premio Nobel.

Eso nos demuestra lo cautos que debemos ser al autoproclamarnos fracasados. Y aquí cabe otra observación: es muy distinto ser un fracasado que haber tenido uno o muchos fracasos. Quienes detienen su reflexión en éstos, suelen amargarse sin remedio, sin considerar que nadie (o casi nadie) conoce sólo los triunfos. Una vez un ayudante le dijo a Luis Pasteur: "Señor, he hecho este experimento setenta veces y me ha salido mal. ¿Qué hago?" La respuesta del sabio fue: "Repítalo otras setenta". Antes de tener resultado con el amianto, Tomás A. Edison probó para la lamparilla eléctrica toda suerte de materiales, desde el acero hasta un pelo de la barba de un colaborador. Sólo la suma de fracasos podía llevar al éxito.

Con un poco de esfuerzo, distinguimos entre "los fracasos" y "el fracaso".

Hacia el Exito

Hay quienes catalogan de fracaso muchas cosas que no lo son o al menos que no son su responsabilidad. Las trabas, los obstáculos, los problemas, los retrocesos no son fracasos, sino alternativas posiblemente normales de la vida. Es muy conocida la historia de Abrahán Lincoln que fracasó en casi todo —excepto una elección— antes de llegar a la presidencia y a la historia.

Este capítulo —y de hecho este libro— pueden terminar con la historia de un matrimonio, que ilustra lo que hemos estado diciendo.

El se crió en una familia sumamente pobre. Se ganó la vida desde los ocho años y se quedó sin padre a los once. Demasiado consciente de su lugar de hijo varón mayor, luego de trabajar todo el día, estudiaba de noche. Eligió la carrera que podía llenar las necesidades apremiantes, o sea el colegio comercial. Agregó alguna otra cosa, como el dibujo (aunque jamás lo practicó).

Mientras, fueron ocurriendo algunos cambios importantes en su adolescencia. Por un lado, descubrió que tenía un amor oculto: la naturaleza. Como vivía en una ciudad de cierto tamaño y tenía una existencia muy compleja, aprovechaba los fines de semana para salir al campo y caminar a lo largo de un arroyo; después agregó un rifle, con el que cazaba pájaros, que más tarde aprendió a embalsamar. Eso le demostró, al terminar los estudios secundarios, que no era para el comercio y rindió exámenes libres de todas las materias necesarias para obtener su título de bachiller.

Entre tanto, había sucedido algo trascendente. Un Viernes Santo, agobiada por las penurias, su madre los llevó a todos a una iglesia evangélica para ver si encontraban una solución en Dios. Efectivamente así fue y nuestro muchacho, poco después, tomó la decisión de aceptar a Jesucristo como su Salvador. Fue casi una sola decisión con la de que debía dedicarse a su servicio.

Pero, ¿cómo combinar eso con su afición por las plantas y las aves? Fue una de las razones por las que aprobó el bachillerato: para poder entrar en la carrera de biología, pues aquélla era la época de los grandes debates entre la ciencia y la

religión. Pensó que se precisaba que alguien estudiara el tema y terciara con una voz cristiana. Hizo la carrera con mucho sacrificio y sólo la terminó después de casado.

Para entonces, otro gran cambio había ocurrido: se había dado cuenta de que el llamado de Dios no era para las aulas ni los laboratorios sino para el púlpito. Así llegó a ser un gran pastor y un conocido escritor y evangelista, además de un líder en la lucha por la libertad de cultos, tema que tan lejano parecía de su vocación primitiva. Pero demostrando que aquellos cambios juveniles de carrera le facilitaban su natural capacidad de adaptación, se dio al estudio de la separación de la iglesia y el estado con el mismo empeño que antes pusiera en la teoría de la evolución.

Murió apreciado y reconocido; nadie hubiera dicho de él que fue un fracaso. Pero, ¿su vocación? ¿Qué fue de aquel deseo de dedicarse al comercio para ganar su sustento? ¿Y con el otro tan poderoso de compartir los esplendores de la naturaleza? Quien analizara profundamente lo que vivió, enseñó y predicó comprendería que no se perdió nada, salvo aquel fugaz estudio comercial, que no era realmente su aptitud. De una u otra manera, su tema fue siempre la vida, no meramente la biológica, sino en especial la eterna. Por eso, el tema de la vocación le apasionaba y por eso sus razonamientos y ejemplos, en libros y sermones, se relacionaban con la naturaleza. Por eso, pudo orientar a muchos por un camino que hoy agradecen. Es verdad que no supo disfrutar él mismo de su vida y pagó caro el precio de su trabajo y de los sacrificios de su infancia. Pero los años que vivió, los vivió intensamente.

Se casó con la hija de su pastor, una joven ejemplar, no sólo delicada y agradable, sino de una capacidad fuera de lo común: cuando terminó sus estudios de filosofía y ciencias de la educación, recibió un importante premio a la mejor alumna, pues sólo tuvo sobresalientes. Por eso se entendía muy bien con su padre autodidacta, que llegó a ser un conocido escritor y evangelista.

Muchos años después, le oí decir que luego se dedicó a olvidar lo que había aprendido. Si nos ceñimos a datos, podría parecer que tenía razón. Pero fue maestra excepcional de la Biblia por 55 años y sus clases son recordadas por cuantos la escucharon en el Seminario y en la iglesia donde se está formando un instituto de capacitación con su nombre. No hubiera podido prepararse con la eficiencia y la minuciosidad con que se esmeraba por pequeño que fuese su alumnado, si no hubiera tenido aquella capacitación filosófica y pedagógica. Por eso, supo tener un orden metodológico casi ritual y una aptitud para indicar y profundizar detalles. Lo volcó en una serie de libros muy bien escritos; en sus novelas demostró su sensibilidad y en sus estudios sus dotes de educadora. Su último libro salió de la imprenta el día que cumplió ochenta años.

Hay una cosa que sólo Dios sabe: si estas páginas serán de utilidad para alguno. Eso estará ligado a la historia doble que se acaba de contar. Pero aun sin este trabajo, bien puede decirse que la vocación de aquellos dos jóvenes, que no se ejerció como ellos planearon, que se fue modificando y reaplicando como ni ellos mismos lo comprendieron, nada tuvo de fracaso. Este autor lo sabe bien. Porque él se llamaba Santiago Canclini: fue mi padre. Y ella se llama Agustina Varetto: es mi madre.

FINAL: AÑORANDO LA PRESENCIA DEL LECTOR

Este es uno de esos libros que cuesta escribir. A lo largo de sus páginas, el autor ha sentido el peso de la ausencia física del lector. Siempre ocurre eso con lo que uno pone en papel y tinta, pero hay temas en los que no parece ser tan importante, como ocurre con la vocación, que es para tratarlo cara a cara. Sólo se puede hacer pensando que se lo deja en las manos de Dios, para que él mismo también utilice su Espíritu para aplicarlo a cada uno.

La gran pregunta es precisamente ¿cómo será ese "cada uno"? A lo largo y a lo ancho de nuestra América Latina hemos visto rostros y manos tan distintos, que sólo el poder divino puede hacer que estas reflexiones sean realmente prácticas, tanto para el labriego del altiplano boliviano como el de los cafetales de la República Dominicana; para el habitante de México, Bogotá, Buenos Aires o cualquier otra gran ciudad y para los que hablan un castellano cultivado o los que lo entremezclan con quechua o guaraní; para los que han crecido en una clase media con sueños y empuje o para los que luchan con escasa esperanza desde la pobreza; para todos, en fin.

Cómo llegar a todos, que son a la vez tan distintos? No tiene mucho valor práctico valorar los conceptos teóricos, lindando en la filosofía o sociología de escritorio, si no se logra entrar en la piel y los pensamientos de cada lector. ¿Se inventará alguna vez la forma de compartir un libro mano a mano? ¡Qué bonito sería poder poner a *este* ejemplar una dedicatoria con el nombre del lector! Pero no es factible, y en eso está también la gran bendición de la palabra impresa, con su ministerio mucho más amplio "de lo que sabemos o entendemos". Que el que ha leído estas páginas, visualice a quien las escribió con el rostro que le ayude al diálogo más abierto y, como hace cada vez que va al templo si es cristiano, se ponga en las manos de Dios para que su vida sea moldeada por los dedos divinos.

Por eso, terminamos con una charla. En las teclas de la maquina de escribir vemos a todos esos jóvenes latinoamericanos e hispanos, mejor dicho a cada uno, a éste y a aquél, al cercano y al lejano. Aquí, sentado enfrente de mí, naturalmente que sin releer el libro —porque no se platica consultando un libro— me gustaría que pensaras en algunas preguntas y, si también te da por escribir, que anotes tus respuestas en un papel o un cuaderno.

Para empezar, ¿qué te dice la palabra "vocación"? ¿Es un tema que te ha preocupado? ¿En qué medida? ¿Te parece que tiene que ver contigo?

Además debería saber cuál es tu criterio sobre la relación entre la vocación y el trabajo u ocupación. ¿Estas ya en algo? ¿En qué te gustaría estar? ¿En qué medida eso tiene que ver con tu voluntad? ¿Lo has decidido o se vino solo? ¿Has decidido algo para el resto de tu vida, si fuera posible cumplir los sueños? Claro está que debería inquirir también si tienes sueños.

Sería largo hacer una lista de ocupaciones que se te brindan. Yo me distraía jugando con eso en la escuela primaria. Pero la pregunta es: ¿tienen todas ellas igual mérito, dignidad, importancia o algunas son superiores a otras? Si tu respuesta es que sí, ¿por qué?

A esa respuesta llegarías por lo que llamamos "motivaciones", los impulsos que te llevan a esos sueños. ¿Las podrías mencionar? ¿Hay algunas que te salen de adentro o te vienen de lo que otros dicen o hacen?

En ese sentido, tendrá importancia saber qué lugar das al dinero, al reconocimiento de los demás (¿será mucho hablar de fama?), a tus propias inclinaciones o aptitudes, así como a la voluntad de Dios?. Sobre ésta, ¿en qué medida se aplica? ¿Sólo a lo que se encauza para el ministerio cristiano? Si es en otros órdenes, ¿cómo?

Todo eso llevará a tomar una decisión: ¿qué tendrás en vista básicamente para hacerlo? ¿Te guiarás por tu propio criterio o apelarás a los demás y cómo habrás de hacerlo? ¿Cómo conocerás la voluntad de Dios?

Entonces comenzarán a insinuarse o presentarse los problemas. ¿Cuáles te parece que serán los más dignos de consideración y de dónde vendrán? ¿Cómo harás para enfrentarlos?

Debido a tales problemas, y aun sin ellos, no será siempre fácil seguir adelante en el camino de la vocación, por lo que la pregunta siguiente es: ¿qué precauciones tomarás para mantener el impulso inicial y poder llegar al fin de tu capacitación o no cejar en el empeño de concretar tu vocación?

¿Y cuál será tu meta? ¿Usarías la palabra "éxito"? ¿Se te presenta el temor al fracaso? ¿Qué es una cosa u otra?

Podríamos mencionar muchas otras cosas. Pero sin duda, preguntas es lo que menos ha de faltarte. Lo que queremos aquí es ayudarte a encontrar respuestas.

A medida que las vayas encontrando, podrás ir hacia adelante con la frente en

alto. Entonces, tomado de la mano de Dios —que será a la vez la fuerza que te empuje y sostenga—, podrás entrar a formar parte de la legión que desde la antigüedad, pasando por nosotros los que ya hemos andado una buena parte del camino y mirando a tu lado a los que comparten tu generación, van diciendo: "Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo". Y puedas concretar la parte que te toca aquí en la tierra.

**SOY JOVEN Y DESEO EXPERIMENTAR
UNA VIDA DE EXITO.
CON LA AYUDA DE DIOS VOY A DECIDIR
MI VOCACION Y MI FUTURO, ¡AHORA!**

SOY JOVEN, ¿Y AHORA QUE HAGO?

SEÑOR, GUIAME HACIA MI VOCACION es tu ruego al Señor, porque quieres que tu vida tenga un verdadero propósito. Respondiendo a tu ruego, este libro te dará respuestas. La vocación es como sentir que algo nos empuja. Puede ser que nos empuje desde adentro como desde afuera. Es lo que llamamos motivaciones.

En estas páginas encontrarás orientaciones prácticas para tomar una decisión en cuanto a la vocación que debes elegir.

El autor reconoce, en primer lugar, que es Dios quien orienta nuestra vocación, debido a que él sabe mejor que nosotros qué es más productivo. En segundo lugar, amigo joven, el autor explica que debes saber elegir, y para ello necesitas conocer qué caminos existen antes de decidirte.

Tu decisión tiene que ser en base al conocimiento de todos los factores, y ya tomada y en marcha, has de seguir y llegar a tu meta vocacional.

Además, la clasificación de carreras y vocaciones que el autor presenta te puede ayudar a decidir qué camino seguir.

Estudia este libro con tu grupo juvenil o a solas, ¡seguro que te orientará y te llevará por el camino del éxito!

Serie: SOY JOVEN, ¿Y AHORA QUE HAGO?

SEÑOR, USARE LOS DONES QUE ME DISTE,

Carlos Guillermo Sánchez

SEÑOR, TE CONSAGRO MI VIDA,

García-Sante-Catalán-Mackey

SEÑOR, GUIAME HACIA MI VOCACION,

Arnoldo Canclini



CASA BAUTISTA DE PUBLICACIONES

12338

4817-99

BIBLICO

RECIBIDA
EN LA BIBLIOTECA
DE LA IGLESIA
BAUTISTA DE
SAN JUAN DE LOS
RIOS

COMOCER (8 MIIN102)